

Izquierda Teoría y praxis

#13
Septiembre 2025

**Reflexionando sobre
la noción y el sujeto
clase obrera**

PARTICIPAN EN ESTE NÚMERO

Mauricio Archila Neira
Paula Godinho
Gerardo Necochea Gracia
José R. Pantoja Reyes
Pablo Pozzi

Boletín del
Grupo de Trabajo
**Izquierdas y luchas
sociales en América
Latina**



 PLATAFORMAS PARA
EL DIÁLOGO SOCIAL

Izquierda : teoría y praxis no.13 : reflexionando sobre la noción y el sujeto clase obrera / José R. Pantoja Reyes ... [et al.]. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2025.
Libro digital, PDF - (Boletines de grupos de trabajo)
Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-631-308-152-3
1. Clases Sociales. 2. Reforma Agraria. I. Pantoja Reyes, José R.
CDD 305.963

PLATAFORMAS PARA EL DIÁLOGO SOCIAL



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

Colección Boletines de Grupos de Trabajo

Director de la colección - Pablo Vommaro

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Pablo Vommaro - Director Ejecutivo
Gloria Amézquita - Directora Académica
María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial
Solange Victory - Producción Editorial
Valeria Carrizo y Darío García - Biblioteca Virtual

Equipo

Magdalena Rauch - Coordinadora
Marta Paredes, Rodolfo Gómez, Luna González y Teresa Arteaga

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina
Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875
<clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>

Coordinadoras/es del Grupo de Trabajo

Pablo Pozzi
Secretaría de Investigación y Posgrado,
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires
Argentina
pozzipabloa@gmail.com

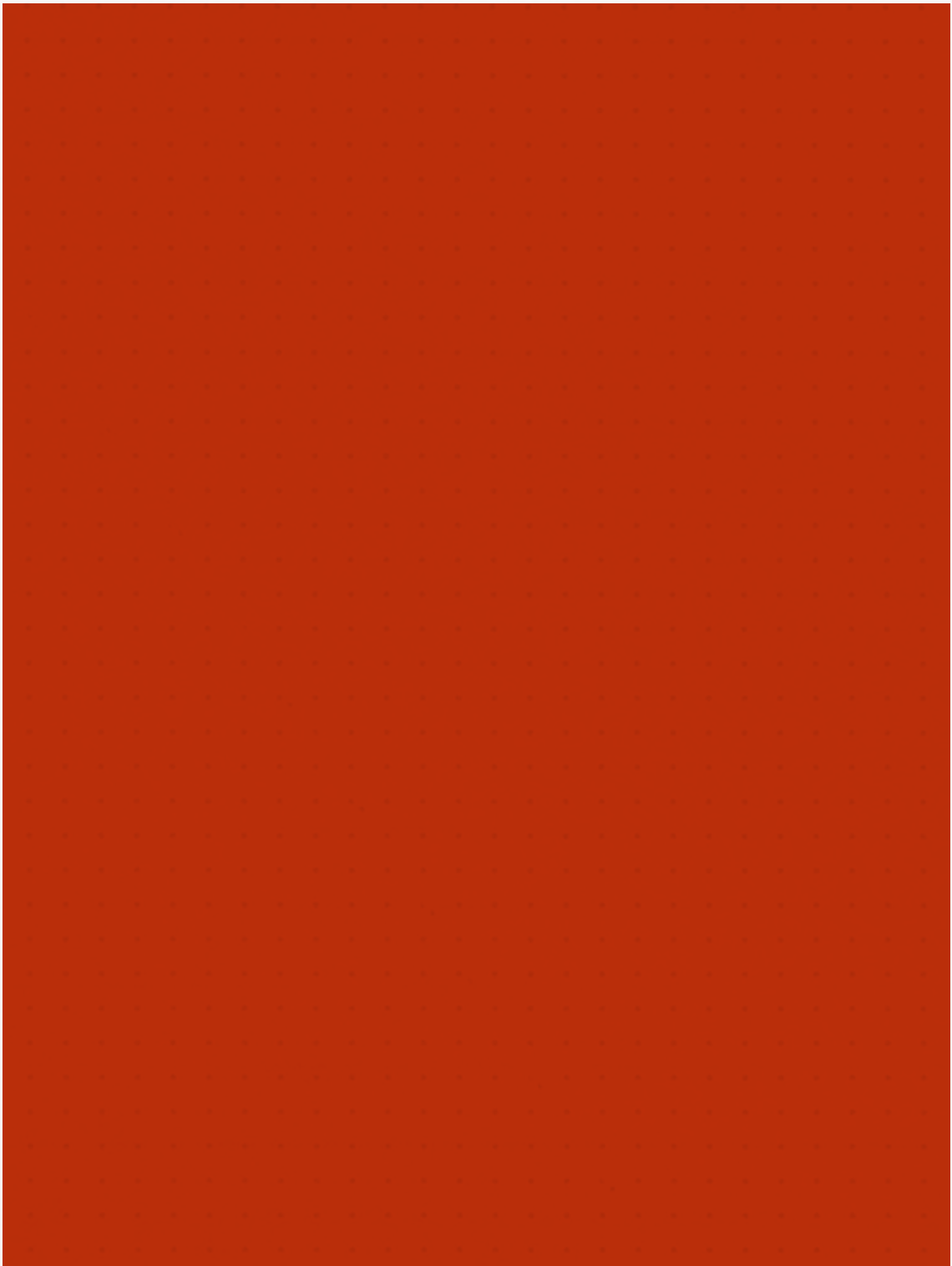
Mauricio Archila
Fundación Centro de Investigación y
Educación Popular
Colombia
marchila@cinep.org.co

Viviana Bravo Vargas
Departamento de Investigación y Postgrados
Universidad Academia de Humanismo
Cristiano
Chile
vivianabravo@gmail.com



Contenido

- 5** Presentación
Gerardo Necochea Gracia
 - 8** Hacia la formación de una
nueva clase obrera mundial
José R. Pantoja Reyes
 - 18** Discutir clase social
Pablo Pozzi
 - 33** Si la clase obrera no se fue al
paraíso, entonces ¿a dónde
fue?
Gerardo Necochea Gracia
 - 41** Comentarios en torno a la
“noción” de clase obrera
Mauricio Archila Neira
 - 49** Reforma agraria y revolución
en Portugal
Memoria colectiva resistente y
no inscripción en la memoria
pública
Paula Godinho
- 





Presentación

En junio de 2025 tuvo lugar el sexto seminario de la Red Ibero Americana de Resistencia y Memoria (RIARM), en la Ciudad de México. La Red se reúne cada dos años, y el primer seminario fue en 2013, en Lisboa; desde entonces nos hemos reunido en ciudades tanto de América Latina como de Europa.

La reunión en México inició con una mesa redonda cuyo tema fue la clase obrera. El tema de clase ha estado presente en todas las reuniones, y una de las discusiones frecuentes ha sido sobre la pertinencia de hablar de clase. Han estado implícitas en estas discusiones dos cuestiones: una, si el sujeto colectivo clase ha desaparecido como tal; la otra, si el concepto o la categoría analítica clase es de utilidad. Por eso propusimos a los participantes en la mesa que reflexionaran sobre el tema: *En la tradición socialista, la clase obrera fue central para pensar la organización, señalar los objetivos e imaginar el futuro: ¿sigue siendo la noción de clase obrera un elemento clave para pensar la transformación social y el camino al socialismo?*

Después, y a modo de sugerencia para estructurar la discusión, planteamos tres ejes posibles pero ni obligados ni únicos.

1. Es común hoy día hablar de la desaparición de la clase obrera, producto de las transformaciones del mundo del trabajo debidas a la llamada financiarización de la economía, la globalización y parcelación de la producción, la automatización y otras causas. La pregunta es si efectivamente todos estos cambios han transformado la estructura de la sociedad capitalista, de manera que ya no es posible identificar a una clase obrera.

2. Un argumento asociado es que la lucha de clases ha desaparecido y en cambio tenemos movimientos sociales. El conflicto y las luchas ya no tienen como finalidad la transformación de las relaciones sociales de producción sino el reconocimiento de derechos que aun cuando sean demandados por grupos tienen como referencia al individuo y exigen su respeto social e igualdad de participación en la arena política institucional.

3. En la actualidad hay consenso respecto de la polarización entre un muy pequeño grupo de ultrarricos y el resto de la población (la fórmula del 1%). Las explicaciones, sin embargo, son vagas y apuntan a suerte y habilidad para aprovechar la oportunidad, a corrupción y ambición, a colusión entre el poder gubernamental y el poder del dinero, etc. No hay referencia a la idea de que el trabajo es el que crea riqueza o que la explotación del trabajo y la propiedad privada de los medios de producción es la causa de que la riqueza esté concentrada en pocas manos. En su lugar encontramos la idea de la precarización de la mayor parte de la población.

Las tres intervenciones iniciales estuvieron a cargo de Paula Godinho, José Pantoja y Pablo Pozzi. A partir de lo expuesto por estas tres personas, el resto de participantes en el seminario hicieron comentarios, plantearon dudas, abrieron otros temas, ensayaron explicaciones, en fin, la polémica fue comprometida y fructífera.

El asunto ha estado igualmente presente en las preocupaciones intelectuales y políticas del Grupo de Trabajo. Por esa razón nos pareció importante reunir en un Boletín parte de lo que transcurrió en la mesa redonda. Incluimos los artículos de Pantoja y Pozzi; también el de Gerardo Necochea, quien coordinó la mesa pero no transmitió ahí el trabajo que aquí presentamos. Cierra este breve dossier el texto de Mauricio Archila, quien a petición expresa, escribió un comentario crítico, incisivo y polémico sobre estos tres textos, y cumple el cometido de avivar el debate.

El trabajo de Paula Godinho tampoco formó parte de la mesa. Por razones de tiempo le fue imposible convertir sus interesantes notas con que participó en la mesa en un texto para este Boletín. Publicamos, en cambio, el trabajo que presentó en el seminario sobre la memoria en el presente de la reforma agraria que siguió a la revolución. Nos pareció importante incluirlo aquí porque, primero, nos muestra que, a pesar de múltiples presagios enunciados por más de un siglo, el campesinado no ha desaparecido; y segundo, porque no solo no ha desaparecido sino que ha sido protagonista central de la oposición al capitalismo y el texto nos recuerda que en todo momento hay diversos sujetos sociales activos en los campos de la lucha política y en los espacios disputados por la memoria. Por lo mismo, pone sobre la mesa la reflexión acerca de cómo construir alianzas amplias que respeten diferencias a la vez que descubren intereses y objetivos comunes.

El conjunto, nos parece, es una invitación a la reflexión y a continuar el debate, no solo sobre el pasado, sino sobre cómo proyectar un futuro de solidaridad, de igualdad, de libertad y de justicia social.

Gerardo Necochea Gracia



Hacia la formación de una nueva clase obrera mundial

José R. Pantoja Reyes*

La pregunta sobre si la clase obrera sigue siendo un sujeto de transformación revolucionaria que se nos propone a discutir en este seminario de resistencia, memoria, tradición socialista, me resulta un tanto provocativa pues me he acostumbrado a pensar los procesos de transformación y formación de sujetos históricos para el mediano y largo plazo por lo que resulta un tanto difícil, saber si después de décadas (por lo menos cuatro) de sufrir la deslocalización industrial y la reorganización productiva a nivel mundial podrá resurgir la organización y acción clasista de los trabajadores que caracterizaron a la movilización de la clase obrera en coyunturas anteriores como las acaecidas a principios del siglo XX en Europa o de las amplias movilizaciones a nivel mundial de las décadas de los años sesenta y sesenta. Me gustaría responder que sí tanto a la pregunta sobre si los trabajadores podrán reconstruir sus instituciones de clase y generar un espíritu de clase como a la de si es posible que los trabajadores retomen, o sus partidos, el ideario socialista. Pero pienso que si ocurre aún costará algún tiempo para la formación de un nuevo sujeto proletario capaz de enfrentar las nuevas condiciones que impone el desarrollo capitalista.

Al revisar lo que ocurrió en el siglo XX, no podríamos decir que el socialismo fue la única ideología de la clase obrera, por el contrario me parece que sólo en ciertas coyunturas las organizaciones de la clase obrera se

* Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.

adhirieron al ideario socialista o formularon un programa socialista y si bien fueron momentos “luminosos” para las expectativas revolucionarias (en organización, programa, experiencia) también fue un siglo en el que la clase obrera fue perdiendo autonomía tanto en sus instituciones como en su cultura. Se puede decir que a lo largo del siglo XX y probablemente en lo que llevamos del siglo XXI, se fue acentuado el divorcio entre el movimiento socialista y el movimiento obrero.

La separación entre socialismo y movimiento obrero fue advertida por los intelectuales y partidos socialistas desde principios del siglo XX. La interpretación más difundida fue la propuesta por Lenin a quien le parecería que era natural que las organizaciones que creaban los obreros, los sindicatos, no podían politizarse por su carácter reivindicativo por lo que apostó a la formación de una organización política, un partido, que sería el encargado de impulsar el programa socialista. En esa interpretación, la conciencia de clase aparecía dividida en la figura de clase para sí que portaban los militantes socialistas y por otro, la clase en sí que era vivida por la masa obrera. La interpretación leninista y el modelo organizativo que le era propio predominaron en el movimiento socialista después de la revolución rusa y se extendió a nivel mundial con la formación de la tercera internacional. La fórmula leninista para arribar a la revolución socialista, parecía más o menos asequible incluso en países en los que la industrialización y la formación la clase obrera era marginal. Al transferir la conciencia de clase del sujeto social (la clase en sí) hacia un sujeto político, el partido, el problema de la formación del sujeto revolucionario parecía resuelto y los procesos de asimilación, burocratización, enajenación o represión de las organizaciones sindicales o sociales que vivió la clase obrera durante el siglo XX no afectarían en el fondo el “proceso revolucionario” en tanto se creara el partido de la clase. El triunfo de revoluciones nacionalistas y anticoloniales en Asia, África y América latina inspiradas en las teorías de la tercera internacional fueron presentadas como ejemplos de la pertinencia del modelo leninista en torno a la relación del partido y la clase, sin embargo, si miramos atentamente lo ocurrido en esas revoluciones difícilmente podríamos afirmar que en

esos procesos revolucionarios se puso en práctica el paradigma leninista, más aún porque en esas revoluciones el protagonista principal fue el campesinado y no el proletariado. Sobre la naturaleza de las revoluciones anticoloniales o sobre la relación entre socialismo y campesinado se desarrolló un largo debate pues una de las conclusiones “prácticas” que parecían evidentes era que en la medida que el impulso revolucionario se trasladó hacia los “países del tercer mundo” el campesinado tomaba el lugar del proletariado, que había perdido la fuerza revolucionaria y se mostraba lejano de emprender la revolución en los países capitalistas. Así, contrario a la idea original de que la interpretación leninista representaba la continuidad del socialismo del siglo XIX, la argumentación apuntó en dirección contraria, a resaltar la “novedad” de la teoría revolucionaria. El argumento no es el fondo equivoco, el leninismo representó una ruptura frente al socialismo no sólo de la segunda internacional sino de la primera internacional en la que agruparon tanto organizaciones sindicales como organizaciones políticas en torno a un programa socialista. Antonio Gramsci, en 1918 escribe un artículo en el periódico *El Grito del Pueblo*, para resaltar el carácter revolucionario de los bolcheviques, contra las posturas reformistas, en el que expone lo que a su parecer es lo “novedoso” del socialismo ruso, al cual tituló “La revolución contra el “capital” en el que se señala como es que la revolución rusa resuelve lo que Marx no habría considerado, es decir, la revolución socialista en un país con economía rural y un proletariado marginal. Sin embargo, el modelo leninista, ofrece una interpretación optimista a las crecientes dificultades de las organizaciones obreras para acabar con el capitalismo y al proceso cada vez más acentuado, como luego se mostró con el ascenso del fascismo, de la separación entre el socialismo (como programa y cultura de clase) y los trabajadores industriales.

La socialdemocracia de la segunda internacional, a la que combatieron los bolcheviques y todas las fracciones revolucionarias (comunistas) europeas, mantenía la idea de que el partido debía incluir a todas las organizaciones de clase, los sindicatos. En esa apuesta, la participación política de la clase y sus posibilidades de intervención en el estado dependía de

que el partido lograra ganar el gobierno y a partir de ese lugar, emprendería políticas sociales y económicas que modificaran la realidad social y permitieran arribar al socialismo. La fuerza electoral de la socialdemocracia, basada en la amplia organización obrera de tipo sindical, le permitió acceder o participar en la formación de gobiernos en Europa occidental pero la burocratización y asimilación que vivió la socialdemocracia en el periodo de entreguerras abono a la desmovilización y despolitización de la clase obrera. Así ambas estrategias, la leninista y la socialdemócrata, no pudieron evitar que las organizaciones de clase perdiesen el ímpetu revolucionario que llegaron a tener en la primera internacional. Lo que se observó en Europa, como tendencia, en el periodo de las guerras y la crisis mundial del 29 fue un creciente “espíritu” de pacto, como ocurrió en Reino Unido en donde los acuerdos entre el gobierno y los sindicatos dieron pie a la formación del partido laborista, a la instauración del sufragio universal a cambio de que los trabajadores apoyasen el esfuerzo de guerra de británicos previo en la segunda guerra mundial.

La participación política de la clase obrera a través de un partido que pudiera participar en los procesos electorales y ganar el gobierno puede verse de un lado, inicialmente, como un triunfo de la clase, pero a la larga significó la asimilación de las organizaciones de clase al sistema capitalista y la integración cultural de los trabajadores ingleses, lo que hizo posible que un gobierno laborista como el de Tony Blair impulsara políticas neoliberales que socavaron la industria inglesa y los derechos de los trabajadores.

Hay que sumar a la tendencia de asimilación e integracionismo de las organizaciones de clase, la feroz represión en el contexto de las políticas anticomunistas de la posguerra que acabaron con casi todas las manifestaciones de independencia o de organizaciones obreras que se pronunciaban en favor de la instauración de gobiernos socialistas, como puede verse en América latina, en el que el corporativismo fue impuesto después de un largo proceso de violencia contra las organizaciones sindicales democráticas y autónomas a favor de los sindicatos charros

y amarillos, patronales. La década de los sesenta y setenta en Europa y América Latina fueron un período de intensas batallas de los trabajadores en el que al mismo tiempo que buscaban mejorar sus condiciones de vida, intentaron recuperar sus organizaciones de clase, en algunos casos la movilización obrera fue bastante exitosa y su politización fue relevante como puede verse en la participación de los trabajadores en la victoria electoral de Salvador Allende en Chile, en la elaboración de programas obreros, como en México con la formación del Frente Nacional de Acción Popular en 1976 o con la creación de partidos obreros como en Brasil.

Esas movilizaciones trajeron un ambiente de optimismo entre las izquierdas socialistas, militantes e intelectuales, de que era posible recrear los vínculos entre la clase obrera industrial y el programa socialista, fue un período de crecimiento y expansión de las militancias socialistas. Sin embargo, la coyuntura terminó en los años ochenta con la caída del bloque soviético y la llegada del neoliberalismo que trajeron un nuevo período de retracción del movimiento obrero, del discurso socialista y si bien las acciones de resistencia de todo tipo, tamaño y sector fueron en aumento, el discurso de la sobrevivencia ocupó el escenario en las acciones populares, el pesimismo ensombreció a las militancias socialista y el conservadurismo predominó en la academia, que en años previos se había mostrado sensible al socialismo. En el mundo académico y sindical, las investigaciones y estudios sobre la clase, los sujetos revolucionarios y el pensamiento y movimiento socialista fueron decayendo conforme nos fuimos adentrando en el siglo XXI.

La situación y escenario para la clase obrera en las cuatro últimas décadas parece confirmar el título del libro de Andre Gorz, *Adiós al proletariado. Más allá del socialismo* publicado originalmente en 1980. La frase, aunque fue creada por el autor para señalar que el proletariado había agotado su potencial revolucionario, fue usada en un sentido más radical por posturas antimarxistas, que aludían más bien a la extinción de la clase obrera al considerar que las mutaciones del capitalismo eran suficientemente importantes que hacían superflua a la clase obrera.

Para Andre Gorz, el proletariado y sus organizaciones se habían adocenado políticamente, integrado y aristocratizado por lo que ya no era capaz de llevar adelante la lucha contra el capital, es decir, que la clase obrera era ya incapaz de conformarse como un sujeto revolucionario. Para él, un tanto a la luz de los movimientos sesenteros, habían otros grupos y sectores “emergentes” que desplegaban una acción revolucionaria que los obreros ya no podían llevar adelante, las identidades de edad, género y profesión, podían cuestionar más profundamente al capital y al Estado que las organizaciones obreras asimiladas a la dinámica capitalista: la lucha estudiantil, feminista, ecologista para el expresaban mejor la capacidades revolucionarias que el corporativismo que padecía la clase obrera. Esa perspectiva desplazó el foco de atención hacia los movimientos de liberación popular, las revoluciones campesinas y las rebeliones étnicas en América latina que fueron consideradas como como los nuevos sujetos revolucionarios, a las que consideraron más radicales que el clásico movimiento obrero.

Para Gorz, el desplazamiento del sujeto revolucionario también se debía a las transformaciones tecnológicas y a la dinámica de acumulación capitalista, que impactaba en la reducción del trabajo directo y la extensión de las formas asalariadas a sectores que pertenecían a las esferas autónomas del trabajo. Estos argumentos dieron pie a numerosos debates en torno a los procesos de automatización de la industria, sobre el impacto de las tecnologías de la información en la centralidad de la fábrica, sobre la relación entre el trabajo directo y el desempleo estructural. Muchos de estos temas fueron retomados en trabajos de académicos de izquierda como Jeremy Rifkin quien publicó en 1994 un trabajo titulado *El fin del trabajo* y por aquellos que postulaban la aparición de la sociedad post industrial (en ese debate también participaron académicos de derecha que defendían la teoría del neocapitalismo) como puede verse en el libro colectivo de Ramón Jáuregui, Francisco Egea y Javier de la Puerta titulado *El tiempo que vivimos*, también de 1994.

Lo que alcanzo advertir es que los problemas planteados en ese debate, y que hoy nos convocan a la reflexión, sobre el lugar de la clase obrera en el capitalismo y en el movimiento revolucionario pertenecen propiamente a un fin de ciclo del periodo en el que el capitalismo mantuvo como centro industrial mundial a Europa y Estados Unidos (hasta la década de los años setenta); también es el momento en que se inicia un nuevo periodo de reorganización de la industria capitalista para dar paso a un sistema industrial mundial. Así que los argumentos en torno al fin del capitalismo industrial y de emergencia de grupos sociales que responderían a la sociedad posindustrial apenas y reconocen las transformaciones (a nivel social, político y geopolítico) que ha traído consigo la nueva dimensión espacial del capitalismo industrial. Los análisis sobre de la extinción del proletariado como clase, dan cuenta del proceso de dominio del capital sobre el consumo y la expansión del capital hacia el mundo campesino, pero se niegan aceptar que la profundización y expansión del capital amplió cuantitativa y cualitativamente al proletariado al proletarizar ámbitos del trabajo autónomo y de aquellos sectores de la producción hasta entonces sometidos indirectamente (también dicho *formalmente*) a la explotación capitalista. Es una perspectiva que dio cuenta de un proceso que terminó en la década de los setenta y sólo atisba a reconocer otro que apenas se delineaba en el que los obreros industriales a nivel mundial aumentaron en número (y no se redujo) y la heterogeneidad del proletariado se acentuó incorporando nuevas formas de trabajo adecuándose a las transformaciones técnicas (la microelectrónica, ciber tecnología y la robotización) que han hecho posible la mundialización de la industria capitalista, o globalización. El proletariado del periodo que se ha reproducido desde la posguerra es más numeroso y heterogéneo que el que tradicionalmente se identificaba con la clase obrera industrial. Una de las consecuencias del proceso de globalización industrial ha sido el desplazamiento continuo de la centralidad que tuvo la clase obrera industrial europea como referente clasista durante el siglo XX, dicho desplazamiento puede explicar en parte la oscilación que ha sufrido la cultura

política de la clase obrera industrial europea, es decir, la oscilación entre la asimilación y la autonomía de clase.

Las nuevas tecnologías de la información como la computación y luego el internet son elementos esenciales en la reconfiguración de los centros de producción y su interconexión mundial, es un proceso de transformación tecnológica que aún está en marcha por lo que la reconfiguración organizativa y cultural del proletariado como clase, tanto en los modos como en los contenidos, no puede comprenderse bajo los antiguos criterios de la vieja dicotomía de centros de desarrollo y periféricos. El proletariado encuentra cada vez más dificultades para sostener estrategias de defensa dentro de las fronteras nacionales o continentales como había sido el caso de Europa en el siglo XX pero aún no logra encontrar las formas en que la dimensión internacional de la lucha obrera sea puesta en práctica en la acción cotidiana. Un ejemplo en este sentido puede verse en las reglas laborales impuestas en los tratados de América del Norte que buscan regular el trabajo por sobre las fronteras nacionales (reglas sobre organización sindical, cuotas y porcentajes de salarios en la composición de los productos, etcétera) en los que los sindicatos mexicanos prácticamente no han tenido forma de intervenir en la definición del “nuevo mercado laboral” pero si han tenido que introducirse las nuevas prácticas sindicales impuestas por el tratado de libre comercio, como la votación secreta para elegir comités sindicales y ratificar convenios laborales.

El proceso de globalización industrial (más allá de lo comercial o financiero) está interconectando procesos técnicos, territorios, infraestructuras y economías, sobre todo en el hemisferio norte, que ha permitido la relocalización de la gran industria y ha extendido espacialmente la industria (por ejemplo, hacia México o la Cuenca del Pacífico) en un sistema que combina unidades industriales “gigantes” con otras de industria mediana y pequeña que se “desparraman” espacialmente, pero que están articuladas a un solo proceso de producción industrial, como las maquiladoras, combinando así mismo procesos automatizados (incluso robotizados) con unidades que utilizan abundante mano de obra.

La reconfiguración de la industria, empujada por la contradicción del desarrollo técnico y la necesidad de mantener altas cuotas de trabajo directo, reconfiguró todo el ámbito del trabajo, como se expresa en el denominado home office que es una figura que se contrapone a los trabajadores de las inmensas naves industriales de China o la India en donde laboran millares de trabajadores. El proceso de trabajo se deslocalizó y creó una variedad heterogénea de formas de trabajo y de figuras proletarias, en las que deben incluirse el trabajo a domicilio maquilador “tradicional”, las nuevas formas de servidumbre, la extensión de los trabajadores de servicios, etcétera.

La proletarianización de países que hasta hace algunas décadas eran rurales con predominancia de la producción agraria y campesina se profundizó y se redujeron las esferas del trabajo autónomo (rural y urbano) lo que hizo evidente que el proletariado no es una categoría que se reduce a la clase obrera industrial, que aun siendo central y en crecimiento, no es la única figura en la que se despliega el proletariado (trabajadores vinculados a las esferas del comercio por internet, el home office, los trabajadores uberizados). Así que el proletariado no puede reducirse a la clase obrera industrial. Con la globalización industrial, el mercado capitalista se transformó, pero también el proletariado ha sufrido grandes transformaciones, tanto en cantidad, pues creció en términos absolutos, pero también en términos relativos como puede verse a los países en los que ha ocurrido ese proceso de manera central como México.

Así pues, el proletariado (y no sólo la clase obrera industrial) está en un proceso de reconfiguración que en buena medida está determinado por la dinámica de la globalización industrial, los procesos de automatización y las oscilaciones provocadas por las contradicciones en la acumulación capitalista y las economías nacionales como las que estamos viviendo hoy. La reconfiguración del proletariado no sólo es técnica. El impacto de la globalización industrial afecta a la experiencia obrera, tanto en términos negativos al descubrir la dependencia de los trabajadores a un sistema productivo que, como lo dijeron los clásicos, no tiene fronteras, como

en términos positivos en el que incorporen a sus propias prácticas de lucha las nuevas formas de resistencia (facilitada y entorpecida a la vez por la comunicación vía internet), dando paso a una nueva cultura política en la que, esperemos, los diferentes segmentos del proletariado puedan reconocerse como clase. Creo que apenas estamos iniciando un nuevo proceso de creación de organizaciones, de modos políticos, de construcción de lenguajes políticos del nuevo proletariado mundial que está en ciernes: ¿quién podría prever que las movilizaciones anti-migra de los mexicanos y latinos proletarios en Estados Unidos galvanizaría una movilización amplia anti oligárquica en Estados Unidos?

BIBLIOGRAFÍA

- Gorz, André (1982), *Adiós al Proletariado. Más allá del Socialismo*, España: El viejo Topo.
- Gramsci, Antonio (1978), *Partido y Revolución*, México: Ediciones de Cultura Popular.
- Rifkin, Jeremy (1996), *El fin del trabajo. Nuevas tecnologías contra puestos de trabajo: el nacimiento de una nueva era*, Barcelona: Paidós.
- Jáuregui, Ramón, Egea, Francisco Egea y de la Puerta, Javier, (1998) *El tiempo que vivimos y el reparto del trabajo*, Barcelona: Paidós.





Discutir clase social

Pablo Pozzi*

“Las personas que recuerdo aún conservan la sensación de pertenecer a un grupo propio [...] Sienten que son ‘clase obrera’ en gustos y costumbres, en que ‘pertenecen a ella. Esta distinción no resulta muy exacta, pero es importante [...] No es fácil distinguir a los trabajadores del resto por la cantidad de dinero que ganan, ya que hay una enorme variación de jornales entre la clase obrera. [...] Tratar de aislar a la clase obrera, grosso modo, no implica que no exista gran número de diferencias, matices y distinciones de clase dentro del mismo grupo. [...] Es posible, por tanto, generalizar, sin que esto implique que toda la clase obrera coincide en actitudes o creencias respecto al matrimonio o la religión; por otra parte, no hay manera de analizar una cultura sino a través de las constantes de la uniformidad”

Richard Hoggart. *La cultura obrera en la sociedad de masas*, pp. 30-33

(México: Grijalbo, 1990).

“Lo importante aquí está en que Marx está de nuestro lado, y no nosotros del lado de Marx. Su voz tiene una fuerza que jamás podrá ser silenciada, pero nunca ha sido la única voz, y su discurso no tiene un alcance ilimitado.” (294)

E. P. Thompson. *Miseria de la teoría*. p. 294 (Barcelona: Crítica, 1981).

Hace ya muchos años había terminado de tomar los finales de mi cátedra, y como había faltado uno de los profesores de la mesa de Historia Argentina Contemporánea me pidieron que fungiera de suplente. Ahí me

* PhD en Historia (Stony Brook University) y Profesor Consulto de la Universidad de Buenos Aires. Fue titular regular plenario de Historia de los Estados Unidos de América en la Facultad de Filosofía y Letras (Universidad de Buenos Aires). Co-coordinador del Grupo de Trabajo CLACSO Izquierdas y luchas sociales en América Latina.

senté con los otros jurados mientras pasaba un alumno tras otro, diciéndome más o menos lo mismo, mientras yo pensaba en cualquier otra cosa y dejaba que trabajaran mis colegas. De repente pasa un alumno; el presidente de la mesa de examen le pregunta: “¿De qué va a exponer?” “De los trabajadores durante la dictadura del 1976”, responde el muchacho. “¿Con qué bibliografía preparó el tema?” “Con Pozzi, *Oposición obrera a la dictadura*”. De repente me desperté, mientras el estudiante comenzaba a exponer. Lo escuchaba y no lo podía creer. “Escúcheme, le digo, Pozzi no dice eso”. “Si, si, Pozzi dice eso”. Insisto, “Pozzi no dice eso”. “Seguro que lo dice”. “Mire, señor, Pozzi soy yo y no dije eso”. “Mire, profesor, usted se habrá entendido mal”. Mis colegas lo aprobaron, con mi oposición, por caradura. Pero ahí me quedó una lección: tuve que reconocer, años más tarde, que el estudiante tenía razón. Cada vez que leo lo que otros piensan que dije es evidente que yo me entendí mal.

¿Qué quiero decir con lo anterior? Primero que uno escribe y cree que tiene en claro lo que está transmitiendo. Pero en realidad lo que uno escribe tiene sentido pleno en su contexto y su tiempo, y el lector lee un libro a través de su propia experiencia, de su cultura, y también de las preguntas y los problemas de su época. En realidad, detrás de cada investigación hay un mundo del cual casi nunca se habla. O sea, lo que hacemos también es producto del posicionamiento político y las discusiones de una época, y no solo de la capacidad intelectual del autor. Así algunas de las cosas que se quisieron decir y, posiblemente, no se dijeron con la claridad y los matices necesarios, quedan más claros en su momento que en el presente.

Estas líneas se inscriben en una serie de discusiones de hace ya décadas, que surgieron como resultado de los debates que tenían lugar en la militancia de izquierda argentina a partir de los resultados de la dictadura de 1976-1983. Esas discusiones tenían dos ejes centrales. El primero era el carácter de la dictadura. Para algunos, basados en Nicos Poulantzas (1998), era un “estado de excepción”; para otros era una forma peculiar de fascismo latinoamericano, basándose en los trabajos del soviético

Kiva Maidánik y del salvadoreño Schafik Jorge Handal (1976). Según en cuál postura te posicionabas surgían propuestas políticas, posibles alianzas y hasta una visión de futuro. Pero en ambos casos la izquierda tenía un papel importante puesto que la clase obrera seguía siendo el motor de la historia y por lo tanto el centro de la actividad militante. En general la militancia de las organizaciones armadas en el exilio participaba de alguna variación de estas posturas. En mi caso, por ejemplo, yo adhería a las tesis del fascismo latinoamericano, pero con conclusiones políticas derivadas de las Tesis de Lyon de Gramsci (1926).

Pero también había otra visión en general vinculada al periódico *Controversia*, a una cantidad de connotados intelectuales postmarxistas (que después fundaron el Club de Cultura Socialista¹), a sociólogos como Juan Carlos Portantiero, a críticos como José Arico, a periodistas como Pepe Eliashev, y a militantes como Julio Santucho. Esta postura (que fue tildada en la época como “liquidacionista”) planteaba, esencialmente, que la dictadura de 1976 había significado una derrota histórica de la clase obrera argentina. En ese sentido los trabajadores habían sido sacados del centro de la historia, para ser reemplazados con nuevos sujetos sociales como la juventud, los organismos de derechos humanos, e inclusive “las presiones internacionales”. El resultado de esta postura era muy concreto: si la revolución era imposible, entonces las organizaciones de izquierda (peronistas y marxistas) no tenían sentido, y lo que había que buscar era cómo implementar reformas “democráticas” desde adentro de las instituciones republicanas (o sea, burguesas, para tipos como yo). Esta postura fue lo que estuvo subyacente para que muchos de estos individuos abandonaran sus organizaciones para incorporarse, principalmente, al radicalismo alfonsinista, al Partido Justicialista y a los diversos herederos del antiguo Partido Socialista Argentino. Actores, cantantes, periodistas, intelectuales y algunos sindicalistas de todo el amplio arco de la izquierda se volcaron hacia la socialdemocracia del estilo del PSOE

1 Pensemos lo interesante que es el hecho de que intelectuales de larga prosapia marxista y de militancia en la izquierda, tilden al socialismo no como una ideología sino como una “cultura”.

de Felipe González. Desde allí produjeron docenas de libros, artículos y declaraciones sustentando su postura, que podría sintetizarse en la frase de André Gorz: “Adiós al proletariado” (1981). Rápidamente, su perspectiva se convirtió en la “línea oficial”, donde los “otros” eran sospechados de querer generar una nueva matanza en Argentina.

En el lado contrario al liquidacionismo estábamos los que pensábamos que la clase obrera seguía siendo el sujeto de la historia. De ahí el eje de centrar la actividad militante, por escasa que fuera, en los trabajadores; ya fuera armando la CGT en la Resistencia, o enviando militantes al país para organizar y participar en lo que más tarde fueron las movilizaciones de 1981 a 1983. En esos años los duros golpes que descargó la Dictadura sobre los militantes revolucionarios (sobre todo, pero no únicamente, Montoneros) que apuntaban a una reorganización obrera y popular, reforzaron la primera postura. A pesar de eso hubo un esbozo de discusión y un intento de sustentar una política con el eje en la clase obrera.

Cuando regresé a la Argentina, apenas terminada la Dictadura, la discusión seguía abierta en el activismo. En ese momento yo era un obrero gráfico desempleado, si bien había cursado un posgrado en Estados Unidos mientras trabajaba. Por suerte, y gracias a Eduardo Saguier, un colega con el que tengo una deuda que nunca podré pagar, me dieron un cargo en la Universidad de Buenos Aires. De repente, retomamos la discusión iniciada en el exilio entre “clasistas” y post marxistas. En ese proceso los clasistas, acaudillados por ese gran historiador que fue Alberto Plá, dimos una discusión académica en contra de la postmodernidad y sus conceptos que hacían desaparecer a la clase obrera como algo existente. Perdimos el debate, sobre todo por un par de razones. La primera era que en nuestro marxismo el término clase era algo dado, o sea no hacía falta definirlo y menos aún aplicarlo. La segunda era que muchas de las críticas de los postmarxistas (sobre todo por la rigidez y al esquematismo de nuestras posiciones) eran reales. Esto se combinó con el hecho de que eran viejos compañeros y camaradas los que realizaban la crítica y tomó tiempo percibir que los cambios eran inmensos. En esto un aspecto

notable, y más político que académico, fue que la crítica al concepto de clase se centraba en la clase obrera, y no de otros sectores sociales. Sobre todo, porque nunca se discutió o puso en duda la existencia de la burguesía como clase social, si bien algunos colegas la diluyeron hablando de “clases dominantes” (sin nunca decir cuántas). Es más, en el mundillo académico la postura hegemónica era que la clase era una construcción que nos permitía constituir un sujeto de estudio, o que estaba constituida por el lenguaje, o aún peor que no existía y que lo importante eran los sectores populares urbanos, en una especie de populismo teórico. Lo notable de esas posturas era que al mismo tiempo se estaban realizando una gran cantidad de estudios sobre la clase dominante, la oligarquía, y la burguesía argentina. Se rechazaba el concepto de clase, pero solo para los obreros.

Lo anterior tenía una ventaja para muchos de mis colegas: si no existía la clase obrera, entonces no había posibilidades de una revolución social (Marx estaba equivocado), y no era necesario el compromiso del intelectual. Esta postura por parte del sector hegemónico en Humanidades y Ciencias Sociales tuvo efectos sobre el estudiantado universitario: una encuesta, realizada hace más de tres décadas, entre los estudiantes de historia de la Universidad de Buenos Aires señaló que “nadie cree que el pasado ilumine el presente”. (Beck, 1992).

Así, los intelectuales de 1983 se tornaron en “democráticos” entendiendo esto como una defensa del sistema establecido. Dado que muchos se habían formado en el marxismo y lo habían entendido como “una guía para la acción”, la solución era un alejamiento para adoptar posturas ideológicas acordes con el nuevo pragmatismo. Se declaró la muerte del marxismo (o por lo menos su inviabilidad) y el fin del proletariado, sacándolo por un artilugio analítico del eje del desarrollo histórico; así la “derrota” de 1976 se convirtió en la de la clase obrera que no era más el sujeto revolucionario. Más aún, la “derrota” habría sido tan amplia que hasta se cuestionaba su existencia como clase. Los nuevos sujetos “descubiertos” por una intelectualidad quebrada en sus ideales de juventud,

y ahora orgánica de la burguesía, apuntaban a diluir la posibilidad del cambio social y reemplazarla por la ciudadanía, los sectores urbanos populares, los jóvenes, el lumpenproletariado, y por supuesto los nuevos movimientos sociales ecologistas, sexuales y de género. Esto se combinó con notables beneficios. Los antiguos militantes de la década de 1966 a 1976 que se avinieron a estas percepciones se arrimaron al calor del poder recibiendo beneficios económicos y, sobre todo, un cierto poder de decisión en lo que se ha dado llamar “el mundo de la cultura”.

Fue así como amplios sectores intelectuales insistían en la desaparición de la clase obrera. Los más inteligentes insistían que el problema no era la desaparición de la clase obrera, sino que las dictaduras latinoamericanas habían significado “una derrota histórica” y una reducción de los números de obreros a cantidades insignificantes. El concepto de derrota implicaba que este sector social no era más “el motor de la historia” como señalaba el capítulo 1 del Manifiesto Comunista, y por ende “La Historia de la Humanidad (no) es la Historia de la lucha de clases”. Esto permitía reemplazar como sujeto histórico central a los obreros, por otros protagonistas incluyendo a los intelectuales como plantearía Ernesto Laclau (con Chantal Mouffe, 1987) e inclusive adoptar un nebuloso postmarxismo como ideología.

Todo lo anterior es notable porque en Argentina la cantidad de obreros industriales no había variado demasiado entre 1970 y 1990: eran 1,7 millones en 1970, y casi dos millones veinte años más tarde. Lo que sí había ocurrido es una gran dispersión. Los polos industriales de 1970 se habían reducido (a excepción del cordón industrial de la zona norte de Buenos Aires); algunas de sus industrias habían cerrado sus puertas, pero muchas otras se habían mudado de localidad. Así, cada pueblo, antes rural, de la provincia de Córdoba, ahora tenía una fábrica. Por ejemplo, Zanella en Las Varillas, Alladio en Luque, Georgalos en Río Segundo, Saputo en Tío Pujio. Si antes el río de obreros era hacia Ferreyra en las afueras de la ciudad de Córdoba, ahora se iban bajando de los autobuses interurbanos en los diversos pueblos, e iban y venían entre todos ellos. Esto había

transformado la fisonomía social del interior argentino. En el año 2005 entre Río Segundo y Pilar, con sus cuatro kilómetros de distancia entre sí, había unos 35 mil habitantes; sin embargo, había más de seis mil obreros industriales repartidos entre un frigorífico con 1600, una fábrica de alimentación con 1200, una usina eléctrica con 400, y docenas de fábricas y talleres agroindustriales. Esta realidad había pasado desapercibida para mis colegas “liquidacionistas”. Tanto por conveniencia política como por desidia intelectual.

La realidad social de los obreros argentinos se repetía en otros lugares del planeta. Por ejemplo, la cantidad de obreros empleados en la industria norteamericana no había cambiado desde 1950, oscilando entre 12 y 13 millones de trabajadores industriales. Sólo en 1965 esta cifra llegó a 14 millones. En los países industrializados del norte había 115 millones de obreros industriales en 1994 comparado con 112 millones en 1973. Donde sí se notaba una diferencia importante era en el sur económico, incluyendo a los países del viejo bloque comunista: la cantidad de obreros industriales aumentó desde 285 millones en 1980 a 407 millones a fines del siglo XX. Si tomamos en cuenta que la unidad de análisis debería ser la familia y no el individuo, esto representa aproximadamente un 20% de la población mundial suponiendo una familia tipo de 5 personas promedio. Lo que pasaba desapercibido era que la cantidad de obreros en el Tercer Mundo había aumentado considerablemente a partir de la industrialización acelerada de países como México, Brasil, China, India, Tailandia, Corea del Sur, Taiwán, Singapur, Indonesia, Vietnam. A su vez lo que aumentó en todos lados es el rendimiento por hora trabajada. En 1995 la misma cantidad de obreros que en 1970 estaban produciendo cinco veces más de lo que producían en 1950. También la semana laboral industrial se había alargado, llegando a un promedio de 41,6 horas, mientras que era 32,4 en servicios y 28,8 en empleados de comercio. Al mismo tiempo, en toda América Latina ocurrían oleadas de conflictos obreros. Estos fueron desde los trece paros generales argentinos en la década de 1980, pasando por los conflictos en Volkswagen y del magisterio

en México, hasta el surgimiento del Partido de los Trabajadores brasileiro entre los obreros del ABC paulista.

Dejando de lado el posicionamiento político de los diversos intelectuales, la percepción de la decadencia de la clase obrera era más un producto del crecimiento del sector servicios que de la real reducción en el número global de obreros industriales. Uno de los factores que impacta sobre las estadísticas es que un elevado porcentaje de los trabajadores de servicios tiene múltiples empleos, por ende, en realidad hay millones de trabajadores de servicios menos que la cantidad de empleos que se registran en los censos industriales. Por último, muchos de estos nuevos trabajadores de servicios son en realidad obreros industriales de la era post fordista. Muchos de los trabajos de estos sectores han sido modificados por la tecnología, la descentralización y la internacionalización convirtiéndose en una parte del proceso de producción. A esto debemos agregar las “nuevas” industrias como la informática, que emplean obreros altamente calificados (ingenieros), en ámbitos en apariencia no fabriles, para crear productos elaborados en serie (conductores, software, microcircuitos, computadoras). Si entendemos el trabajo fabril como el de la creación de plusvalía en un ámbito de trabajo colectivo y en serie entonces estos últimos también serían obreros. De aceptar esta redefinición del trabajo industrial entonces a las cifras volcadas más arriba debemos agregar millones de nuevos obreros. (Moody, 1997).

Tanto el debate con los “liquidacionistas” como la nueva geografía social de la clase obrera, y los cambios en la producción, transparentaron los múltiples problemas con las definiciones más rígidas y esquemáticas de clase social. Por ejemplo, la más difundida a fines del siglo pasado era la definición de Lenin: “Las clases son grandes grupos de hombres que se diferencian entre sí por el lugar que ocupan en un sistema de producción social, históricamente determinado, por las relaciones en que se encuentran con respecto a los medios de producción (relaciones que en gran parte quedan establecidas y formalizadas en las leyes), por el papel que desempeñan en la organización social del trabajo y, consiguientemente,

por el modo y la proporción en que perciben la parte de riqueza social de que disponen. Las clases son grupos humanos, uno de los cuales puede apropiarse del trabajo de otro, por ocupar puestos diferentes en un régimen determinado de economía social”. (Lenin, 1973, p. 479). La definición de Lenin no era incorrecta, más bien era insuficiente para poder aplicarla a una realidad compleja y cambiante. Dentro de este contexto el problema central era cómo elaborar una definición de clase social que fuera operativa y la pudiéramos utilizar para interpretar una realidad. Nótese que partíamos de observar que existía un fenómeno social donde más allá de las realidades nacionales, de las culturas y las identidades, y de las formas que tomara, tenía aspectos comunes en todos lados. O sea, que las formas de organización y lucha, y que los antagonismos sociales, eran similares en todos lados, más allá de los procesos históricos nacionales. Pensábamos que esta similitud era determinada por un aspecto que había en común: las relaciones sociales de producción capitalistas. Asimismo, que el término que mejor describía lo que observábamos era el de clase social, más allá que éste fuera insuficiente para reflejar la inmensa complejidad analizada. La cuestión es que la definición no es un abstracto teórico, sino que se debe encontrar sólidamente anclada en el fenómeno que se quiere interpretar. O sea, algo que tenga la plasticidad, la flexibilidad, para describir un fenómeno vivo y cambiante a través del tiempo. Todo más allá de la ponderación de sus efectos y resultados. Como señaló Raymond Williams, “una clase social no es siempre, en modo alguno, culturalmente monolítica. [...] en cualquier clase establecida, existen procesos de diferenciación interna, con frecuencia por tipos de trabajo.” (Williams, 1994, p. 6)

De lo que se trata es: ¿cómo percibimos esa realidad social o sea cómo se evidencia? Puesto que las clases sociales se forjan en la caldera de las relaciones sociales de producción, y los obreros son obreros porque se ven obligados a vender su fuerza de trabajo y producen plusvalía, la clase es un fenómeno histórico, en constante cambio y evolución. El investigador que utiliza el concepto de clase, ¿cómo sabe que realmente existe? Una clase no es una agrupación de individuos, sino que es un ser viviente,

cambiante, existente. Sabemos que existe porque hay una cantidad de pistas, pautas, praxis, que dan indicios de su existencia. Más aún, sabemos que existe porque hay confrontaciones y resistencias a las formas de dominación hegemónicas, a veces grandes y explosivas, y otras capilares y subterráneas, que solo pueden ser descritas como lucha de clases. Es en la experiencia de la lucha de clases que no solo se forja la clase sino todos los elementos que le dan cohesión: su cultura, su lenguaje, su “sentido común”, y también su consciencia.

De ahí que el planteo de E.P. Thompson, hecho ya hace más de medio siglo, sea seductor por cuanto intenta dotar su definición de movimiento mientras lo ancla sólidamente en los fenómenos sociales que observamos. Así, Thompson señaló que:

“Por clase entiendo un fenómeno histórico unificador de un cierto número de acontecimientos dispares y aparentemente desconectados, tanto por las respectivas condiciones materiales de existencia y experiencia como por su consciencia. Me interesa hacer hincapié en que se trata de un fenómeno histórico. Personalmente, no veo la clase como una estructura y menos aún como una categoría, sino como algo que acontece de hecho (y puede demostrarse que, en efecto, ha acontecido) en las relaciones humanas. [...] Y lo que es más importante, la noción de clase lleva consigo la noción de relación histórica. [...] La clase aparece cuando algunos hombres, como resultado de experiencias comunes (heredadas o compartidas), sienten y articulan la identidad de sus intereses entre ellos y contra otros hombres cuyos intereses son diferentes [...] La experiencia de clase está ampliamente determinada por las relaciones productivas en el marco de las cuales han nacido o bien entran voluntariamente los hombres. La consciencia de clase es la manera como se traducen estas experiencias a términos culturales, encarnándose en tradiciones, sistemas de valores, ideas y formas institucionales. A diferencia de la experiencia, la consciencia de clase no aparece como algo determinado. [...] La consciencia de clase surge del mismo modo en diferentes momentos y

lugares, pero jamás de la misma manera exactamente”. (Thompson, 1978, Pp. 7 y 8)

El problema del planteo anterior estriba en cómo percibir ese fenómeno social, cómo se originó y el cómo opera en la realidad social. La respuesta simple es que este surge de la experiencia social; pero esa interpretación lineal no contribuye a entender por qué tiene ciertas características en una sociedad nacional y otras en una distinta. Parte del problema es cómo definir los nexos en un proceso histórico determinado entre los grupos humanos, la experiencia y la consciencia, todo ello forjado a través un proceso histórico de décadas.

Según Neil Davidson: “Lo que concierne a los marxistas no es simplemente la consciencia, el pensamiento y el lenguaje, sino la experiencia social que los precede y les da su origen” (2012, p. 7). Como tal, se trata de ver los indicios, en un proceso inductivo que nos permita trazar las características de una clase social a partir de las evidencias que deja, o que señala o marca, en individuos específicos. Dicho de otra manera, el estudio de un número determinado de individuos cuyas relaciones sociales de producción son similares debería permitirnos vislumbrar pautas comunes que determinan la existencia de una clase social. Estas pautas se manifiestan en la cultura, la visión de mundo, la moral, la ética, los valores, todos tamizados por el proceso histórico y social particular y determinado. En fin, lo que podríamos denominar estructuras de sentimiento son las que articulan a individuos entre sí para forjar algo que es mucho más que la sumatoria de sus partes. De otra manera, si la clase social es algo más que una mera categoría teórica, o sea si expresa algo realmente existente, entonces un grupo de obreros chinos deberían tener indicios de una pauta clasista y formas de organización y de relaciones sociales similares a los de un grupo de obreros argentinos. Al mismo tiempo, ambos grupos pueden no tener comportamientos semejantes ante situaciones parecidas, ya que su experiencia, su cultura, y su consciencia son productos de un proceso histórico distinto. Se trata, entonces, de trazar las formas en que las relaciones sociales de producción forjan un ser social

existente a través de redes, lazos, comportamientos y de una cultura determinada. Como señalaron Fox y Genovese: “Los trabajadores también aparecen cada vez más, en el amplio cuerpo de la literatura, como hombres y mujeres que mientras soportaban la opresión, milagrosamente crearon una ‘cultura autónoma’ y resistieron con éxito, y al completo, los valores y aspiraciones de la burguesía.” (1988, p. 95) Comprender estos procesos y nexos debería permitirnos aproximarnos a lo que históricamente se ha denominado clase social, más allá de sus contenidos específicos políticos o ideológicos.

Viéndolo desde ese punto de vista, las clases sociales están definidas en función de la acumulación capitalista y de la carrera por la acumulación de capital. La clase social en Marx no es algo inmutable en la historia. La clase así definida realmente tiene que ver con el materialismo, puesto que es definida en cuanto al alcance de los valores de uso que pueden adquirir las clases a través del dinero. La clase burguesa o capitalista, entonces no sólo sería la propietaria de los medios de producción, sino que también —en consecuencia, de lo anterior— podría establecerse que es aquella que tiene tal capacidad de acumular capital (dinero y tecnología) que puede adquirir mucha mayor cantidad de valores de uso que la clase trabajadora. La clase obrera entonces, no solamente es la no-propietaria de los medios de producción y propietaria de su fuerza de trabajo, sino que por consiguiente y al participar en la producción como mero asalariado, sólo puede conseguir una limitada porción de los valores de uso puesto que esa clase no acumula capital propiamente como tal. Y si acumula, ahorra, capital-dinero, lo hace en una cantidad muy inferior -en comparación- a lo que acumula el burgués capitalista.

Así pues, Marx no descubre las clases ni la lucha de clases. Economistas como Smith y Ricardo, historiadores como Thierry y Guizot, habían ya tratado este problema a comienzos del siglo XIX. La diferencia es que el punto de partida de Marx es el punto de llegada de aquellos economistas e historiadores. El conocimiento histórico en su forma más avanzada mostraba ya en su época la sucesión de “civilizaciones”, de “régimenes

políticos”, de culturas, como el resultado de la lucha entre grupos sociales: esclavos y ciudadanos libres; patricios y plebeyos; siervos y propietarios feudales, etcétera. En este sentido Marx no está sino resumiendo las conclusiones a las que habían llegado sus predecesores y estas conclusiones constituyen la materia prima sobre la cual va a trabajar teóricamente para construir una teoría de las clases y de sus luchas.

Podemos concluir que el compromiso del historiador se halla fuertemente vinculado a su postura político-ideológica y al cómo ubica a la clase obrera en el proceso histórico. Esta postura implica la existencia de una serie de postulados que subyacen nuestra labor, que le dan un sentido de utilidad, y deben ser explicitados, aunque más no sea en forma escueta y por demás simplificada. En este sentido, lo primero que se debe destacar es que, pese a la globalización, a la mundialización del capital, la clase obrera es la que crea el capital. Como tal es el único sujeto social revolucionario, puesto que como clase explotada se lanza a un sistemático choque contra el capital, el cual no puede satisfacer sus necesidades. La clase obrera es la única que puede avanzar en la causa del socialismo aún sin concebirlo como su objetivo de clase. Esto se debe a que la persecución de sus intereses materiales de clase es por naturaleza esencialmente opuesto a los intereses de la burguesía y a la dominación de su organización de la producción. Asimismo, los intereses materiales de los obreros no pueden ser satisfechos dentro de los marcos actuales de las relaciones sociales, puesto que la persecución de tales intereses encontrará la oposición de los intereses del capital. En este sentido es el único sujeto social que puede realizar la tarea de eliminar al capitalismo. Como clase productora tiene el poder de parar el aparato económico del sistema en persecución de sus objetivos. Esta combinación de interés, poder y capacidad creadora distingue a la clase obrera de cualquier otra fuerza social o política en la sociedad capitalista y la califica como el agente indispensable para el socialismo. Por supuesto que reafirmar esta proposición no significa que el socialismo este asegurado. Todo esto define que nuestra labor intelectual se ve signada no sólo por la intención de aportar a un

“desarrollo general del conocimiento”, sino por el esfuerzo de aportar a la lucha de clases como lo que somos.

En la actualidad estamos viviendo momentos de crisis y confusión en el movimiento de masas. Desazón, apatía y desmovilización son algunos de esos rasgos. Sin embargo, aunque las numerosas luchas son aisladas, defensivas y en muchos casos derrotadas, entendemos que cada una va sentando las bases para revertir la desmovilización. Estas son lecciones históricas de la experiencia de la clase obrera argentina. Aunque de características diferentes, ya vivimos momentos históricos similares. La crisis del anarquismo, hacia 1910, y el auge de luchas hacia 1920 gestaron un nuevo modelo de organización basado en el sindicalismo revolucionario. La represión de 1930 y el auge de las luchas a fines de la Década Infame dieron origen al sindicato por rama de industria, al crecimiento del Partido Comunista y al peronismo. Las derrotas después del golpe de 1955 y el auge de masas a partir del Cordobazo, dieron pie al clasismo, al sindicalismo de liberación y a lo que se ha dado en llamar la nueva izquierda.² En cada una de estas épocas surgieron nuevas camadas de activistas y de militantes con características propias. De ahí que las investigaciones realizadas muchas veces generen más planteos y preguntas de las que pueden responder. Esto no es una justificación ni implica “abrir un paraguas”. Para avanzar en las ciencias sociales no sólo hacen falta respuestas, sino también (y a veces principalmente) saber hacer las preguntas correctas. En este sentido el hilo que recorre estas líneas es el de cuestionar concepciones y el de aportar algunas ideas para la comprensión de un fenómeno tan complejo como es la clase obrera.

- 2 El término “nueva izquierda” ha sido utilizado, con cierta ligereza, para describir toda una serie de organizaciones políticas durante el período estudiado. Muchas de estas organizaciones eran “nuevas” en el sentido de que se fundaron entre 1959 y 1976. Sin embargo, casi todas encuentran su continuidad histórica en individuos y organizaciones anteriores, por lo tanto, no es exacto calificarlas como “nuevas”. En general, el término “nueva” es utilizado para diferenciar formas de organización, métodos de lucha, y una forma de relacionarse con la clase obrera. En particular fue utilizado para diferenciar a estas organizaciones de las prácticas asociadas al Partido Comunista.

BIBLIOGRAFÍA

- Beck, Ingrid (1992). "Los estudiantes universitarios rechazan las visiones antinómicas del pasado"; *La Maga* 11 de noviembre.
- Davidson, Neil (2012). *How Revolutionary were the Bourgeois Revolutions?* Chicago: Haymarket Books.
- Fox, Elizabeth y Genovese, Eugene (1988). "La crisis política de la historia social. La lucha de clases como objeto y como sujeto". *Historia Social* No. 1, Fundación del Instituto de Historia Social.
- Gorz, André (1981). *Adiós al proletariado: Más allá del socialismo*. Barcelona: Ediciones 2001, colección "El Viejo Topo".
- Gramsci, Antonio (1926). *Proyecto de tesis presentado por la izquierda*. (Tesis de Lyon, enero 1926) Partido Comunista de Italia. 3er Congreso. Lyon, enero.
- Handal, Shafik (1976). "El fascismo en América Latina", en *América Latina* (Moscú), n. 4, p. 121-46.
- Hoggart, Richard (1990). *La cultura obrera en la sociedad de masas*. México: Grijalbo.
- Laclau, Ernesto con Mouffe, Chantal (1987). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Madrid: Siglo XXI.
- Lenin, Vladimir I. (1973), *Una gran iniciativa*. Moscú: Editorial Progreso.
- Moody, Kim (1997). *Workers in A Lean World. Unions in The International Economy*. London: Verso Books.
- Poulantzas, Nicos (1998). *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Samuel, Raphael (1984). "La política de la teoría"; en Raphael Samuel, ed. *Historia popular y teoría socialista*. Barcelona: Crítica.
- Thompson, Edward Palmer (1978). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona: Editorial Guadarrama.
- Thompson, Edward Palmer (1981). *Miseria de la teoría*. Barcelona: Crítica.
- Williams, Raymond (1994). *Sociología de la Cultura*. Barcelona: Ediciones Paidós.
-



Si la clase obrera no se fue al paraíso, entonces ¿a dónde fue?

Gerardo Necoechea Gracia*

En años recientes se ha vuelto común afirmar que la clase obrera ha dejado de existir o de ser un factor relevante en la política. Este tipo de afirmaciones con frecuencia obedece a alguna de estas dos razones, o a ambas: un prejuicio respecto de qué es clase obrera, que solo considera a los trabajadores de gran industria como esta existió desde las últimas décadas del siglo XIX y a través de buena parte del XX; y una falta de estudio o plena ignorancia sobre el mundo del trabajo.

La clase obrera es siempre igual a sí misma

En cuanto a lo primero, anoto aquí brevemente dos puntos, cada uno de los cuales puede ser elaborado extensamente. El primero es la idea de que la clase obrera no se comportó en la manera revolucionaria que debía hacerlo en la segunda mitad del siglo XX. Desde la década de 1960, varios autores (Marcuse 1969, Gorz 2001, entre otros) argumentaron que el capitalismo de posguerra había probado ser capaz de ofrecer a los obreros los bienes necesarios para su conformidad, de manera que se habían aburguesado o, más exactamente, habían ingresado a la clase media. Además, la producción manufacturera estaba cambiando, y el obrero

* Dirección de Estudios Históricos, INAH, México; miembro de Grupo de Trabajo Izquierdas y luchas sociales en América Latina

del presente era un hombre con estudios universitarios, un profesionalista con un alto conocimiento técnico capaz de desempeñarse en un ámbito de trabajo cada vez más automatizado. El segundo punto, asociado a esta noción de una nueva clase obrera con diploma universitario, consiste en la desindustrialización y reconversión productiva. La producción manufacturera, en los países capitalistas avanzados, decrece y aumenta el sector servicios acompañado de la revolución informática. Goran Therborn, revisando el proceso de desindustrialización y caída del empleo industrial, afirmó que “la gran época del movimiento de la clase obrera industrial definitivamente ha terminado” (Therborn 2008, pp. 18-19) En otras palabras, el rudo y fornido obrero con overol, cachucha y sudor en la frente que pobló nuestro imaginario colectivo, en la realidad ya no existe. La idea de que la clase obrera estaba formada por los trabajadores industriales de las grandes corporaciones, fijada entre fines del siglo XIX y principios del XX, convenció a muchos de que la desindustrialización significó la desaparición de la clase.

En cuanto a lo segundo, empecemos por pensar que la clase obrera de hoy no es como la de ayer, así como la clase obrera de, digamos, 1950, no era igual a la de 1890. Siguiendo esta línea de pensamiento, la clase obrera se ha transformado en las últimas décadas, ciertamente hasta tal punto que nos cuesta reconocer a los trabajadores de hoy como clase obrera. Pero antes que declarar su desaparición, eso nos lleva a plantear la transformación como primer problema y, en seguida, a estudiar el momento presente y entender cómo se ha desarrollado la transformación que nos ha traído a este punto.

Los cambios en la producción no han eliminado la industria, después de todo seguimos consumiendo sus productos. No obstante, la desindustrialización, no hay escases de automóviles, electrodomésticos, fármacos; en esta era de la informática, alguien tiene que construir computadoras, fibra óptica y todo tipo de pequeños y superfluos dispositivos. A lo conocido y tangible, agreguemos todo tipo de nuevos objetos inmateriales, como las aplicaciones o *apps*. Todo lo que consumimos es

producido en establecimientos industriales, sean chicos o grandes. Por tanto, quienes trabajan en esos establecimientos siguen siendo trabajadores industriales.

Echemos una ojeada rápida y algo superficial a las estadísticas. En México, en 2024, la población económicamente activa (PEA) fue algo más de 60 millones de personas mayores de 15 años. La mayoría estaba empleada y recibía salario (casi 40 millones, 68%), mientras que alrededor de 22% eran trabajadores por cuenta propia. Los asalariados empleados en manufacturas, construcción, industrias extractivas y generación de electricidad (es decir, aquellos que generalmente denominamos clase obrera) constituían casi una cuarta parte (24.5%). Un número considerable de estas personas, (839,000 o 9% de los trabajadores en manufacturas), trabajaban en una industria clave del capital industrial, la producción de automóviles. Por contraste, trabajadores en servicios y comercio sumaban 64%, y ligeramente más de la mitad de esas personas trabajaban en comercios, restaurantes, hoteles, transporte, comunicaciones, correo y almacenamiento. En otras palabras, casi 60 por ciento de la PEA empleada en 2024 recibía salario y producía, además de bienes consumibles, plusvalía. La cifra probablemente es más alta, ya que no incluyo a quienes están catalogadas como servicios profesionales, financieros y corporativos ni servicios diversos (estos últimos, 10% del total). La gran mayoría de los trabajadores empleados recibe dos o menos salarios mínimos (70%), mientras que solo 1% recibe más de cinco salarios mínimos y 5% no recibe ingresos. También la mayoría trabaja en pequeños y muy pequeños (micronegocios) establecimientos (56%) y menos del 10% lo hace en grandes establecimientos. (INEGI, 2024)

La PEA empleada en el sector industrial aumentó de 15 a 20 por ciento entre 1940 y 1987, mientras que servicios y comercio siguieron ocupando a más de dos terceras partes a través del periodo. Es interesante notar que entre 1975 y 1985 disminuyó el porcentaje de personas empleadas por microindustrias (entre 2 y 4 personas) y aumentaron los porcentajes de las pequeñas (10 personas), medianas y grandes (de 32 a 1122 en

promedio), estos últimos representaron de 9 a 11 por ciento. Importante notar que aumentó el porcentaje de empresas sindicalizadas (de 19 a 23 por ciento). Comparadas las cifras, la PEA empleada en manufacturas aumentó; disminuyó la proporción empleada en microindustrias y en grandes establecimientos, mientras que aumentó la ocupada en pequeños y medianos (Bizberg 1990, 83-108).

La clase obrera industrial—la que ocupó nuestros estudios, nuestros esfuerzos y nuestros sueños—tenía dos características: concentración masiva en grandes establecimientos de producción, en barrios y en espacios de solaz; y relativa autonomía ganada a través de la organización en sindicatos, partidos políticos y asociaciones de esparcimiento y culturales de todo tipo. Es pertinente preguntar, entonces, si estas características permanecen.

La concentración ha sido combatida en particular en el trabajo. La llamada reconversión industrial implicó desarmar enormes establecimientos que contenían todos los procesos de trabajo (integración vertical), y esparcir fragmentos a través de la geografía tanto inmediata como lejana. Este es un proceso que venía ganando momento desde mediados del siglo pasado: las maquiladoras en México aparecieron en los años sesenta y proveen un excelente ejemplo de la creciente fragmentación y dispersión. La industria maquiladora de exportación en México empleaba, en 1990, 424,652 personas, de las cuales 341,879 eran obreros y obreras. En el 2000, 1,213,605 en total y 981,076 obreras y obreros; en el 2006, 1,170,962 y 912,047, respectivamente. Al finalizar 1990 había 1,789 establecimientos; en el 2000 había 3,703 y en el 2006 2,783. (INEGI 2007)

Esta forma de organizar la producción, que ha recibido variados nombres (línea de ensamblaje transnacional o global o cadenas de producción), aprovecha las diferencias salariales y dificulta la organización de trabajadores que producen una misma mercancía. Evita, además, que el capital dependa de un centro de producción y sea, por ende, vulnerable a la paralización de ese centro y en consecuencia del proceso completo

de producción. Fraccionar la producción confiere mayor autonomía al capital respecto del trabajo e, inversamente, disminuye la autonomía del trabajador. Los trabajadores, en tanto se vuelven más dependientes del capital, tienen menos posibilidades de resistencia abierta y frontal. La desconcentración del trabajo conduce a la pérdida de autonomía del trabajador y este es un momento dentro de un largo proceso a través del tiempo en que el capital persigue la total subordinación del trabajador a sus dictados.

Las primeras fábricas atraían y fijaban a la fuerza de trabajo en la vivienda alrededor de la fábrica. Ello hacía más fácil el control empresarial, pero también hacía más fácil la identificación y organización de los trabajadores como clase. La ruptura del nexo entre comunidad y lugar de trabajo—un proceso largo a través del siglo XX—ha hecho más difícil ese reconocimiento y organización. Además, el largo recorrido de la casa al trabajo implica añadir horas a las dedicadas al trabajo, y eso suponiendo que la persona no necesita dos empleos para lograr el presupuesto mínimo para una vida decente. En consecuencia, hay poco tiempo restante para lo que no sea trabajo y descanso.

En suma, la fragmentación del trabajo y la dispersión geográfica han hecho más difícil el reconocimiento y la organización de la clase. En consecuencia, la autonomía ha disminuido, y a ello hay que añadir la inseguridad en el trabajo, ya bien debido a la automatización o a debido a la reubicación de la fábrica. Pero, sin lugar a dudas, sigue existiendo una clase obrera industrial que se esfuerza por organizarse y disputarle control y poder al capital. Mencionaré, sin elaborar, los esfuerzos por coordinar acciones entre los trabajadores en la producción de automóviles, a uno y otro lado de la frontera México-Estados Unidos, o la relativamente duradera alianza entre el mexicano Frente Auténtico del Trabajo y el estadounidense United Electrical Workers (Alexander 2022).

Proletarización, lucha de clases: ¿formación de clase?

El desarrollo del capitalismo en modo neoliberal también ha incursionado en el medio rural. Burawoy, siguiendo la pauta de Polanyi, sugiere un tercer periodo de grandes transformaciones en la historia del capitalismo: la mercantilización de los recursos naturales. (Burawoy 2000; Levin 2025) Independiente de aceptar o no tal caracterización, este señalamiento tiene la virtud de evidenciar la intensificación de la extracción de recursos naturales y la consecuente explotación y marginación de comunidades en sus alrededores. El despojo y la precarización acompañan la extensión del mercado, en particular ese proceso de convertir la naturaleza en bienes de valor de cambio y constitutivas de la producción de plusvalía. No solo es la pérdida de un recurso, sino que con mayor frecuencia se trata de la pérdida de territorio considerado importante o esencial para la reproducción social, como es el caso de los territorios sagrados indispensables para el equilibrio entre naturaleza, sociedad y espíritu.

Esa población ha sido proletarizada, ya sea que se convierten en jornaleros agrícolas, en empleados en la economía de servicios formal e informal, en pequeños empresarios que convocan a la fuerza de trabajo familiar, y en otras formas actuales del empleo dependiente. Quienes son desplazados y convertidos en migrantes o quienes permanecen en esas comunidades cada vez pertenecen más al mundo del salario y menos al del campesino autosuficiente. Además, una porción importante de esta población no encuentra un lugar en el mercado laboral formal e informal y es totalmente pauperizada.

Un factor adicional, nuevo en apariencia, es el narcotráfico. Es una gran industria, a la que su carácter ilegal le confiere ciertas peculiaridades. Una de estas peculiaridades es que desconocemos mucho respecto de su organización del trabajo y del origen y condiciones de su fuerza de trabajo. Sin duda se trata de una fuerza de trabajo dependiente, a veces esclavizada, que produce plusvalía.

¿Puede en el campo y la ciudad la población así proletarizada convertirse en clase obrera? Si E. P. Thompson tenía razón en 1978—y creo que la tenía—será la lucha de clases la que trace el camino y defina el resultado (Thompson 1978). Uno de los argumentos frecuentes respecto de la desaparición de la clase obrera lleva la mirada a movilizaciones de protesta cuyo punto de conflicto aparente no es la explotación en el trabajo. Los movimientos sociales del presente son motivados por conflictos en torno al territorio, los recursos y los modos de vida ajenos a la racionalidad capitalista. Es entonces necesario comprender esos conflictos y esas luchas dentro de un proceso de despojo de los medios de producción y reproducción, semejante a lo que fue la expropiación de los medios de producción de los artesanos durante el siglo XIX o la expropiación del conocimiento acumulado por los trabajadores de oficio altamente calificados. En otras palabras, es un proceso de proletarización y, posiblemente entonces, un proceso que culmine en la formación de clase obrera. Los actuales conflictos, por supuesto, pueden imprimir otra dirección a ese proceso y llevar a un resultado inédito.

Sea como sea el desenvolvimiento del proceso actual, nos quedan algunas interrogantes. Primero, ¿qué pasa con la clase obrera ya existente? Segundo, ¿qué pasa con la experiencia y la cultura de clase acumulada por más de un siglo? Suponemos que en tanto persiste la necesidad de producir mercancías, la clase obrera no solo permanece sino que crece en números. Suponemos, además, que actualiza la cultura obrera heredada para comprender las experiencias que está viviendo y para actuar en ellas de cierta manera. Hay por ejemplo un repertorio de acciones probadas (sindicatos, huelgas, acción directa, boicot) que no necesariamente es replicado tal cual pero que informa las decisiones y acciones tomadas.

Hay, por último, una interrogante respecto de la relación que estos trabajadores firmemente anclados en la clase y los movimientos obreros puedan entablar con los movimientos sociales cuyas preocupaciones están en el territorio, el medio ambiente y el reconocimiento cultural. Los segundos tienden a fragmentarse en la política de identidades y a

no reconocer un interés común y un enemigo común. Posiblemente un problema central tanto intelectual como político reside en comprender la solidaridad y la creación de lazos solidarios.

BIBLIOGRAFÍA

- Alexander, Robin 2022, *International solidarity in action*, Pittsburgh, United Electrical Workers.
- Bizberg, Ilán 1990 *Estado y sindicalismo en México*. Ciudad de México, El Colegio de México.
- Burawoy, Michael et al., 2000, *Global ethnography: Forces, connections and imaginations in a postmodern world*, Berkeley, University of California.
- Gorz, Andre 2001, *Farewell to the working class*, Londres, Pluto Press,
- <https://www.marxists.org/reference/archive/marcuse/works/1969/essay-liberation.htm#n24>
- INEGI 2007, “Estadística de la Industria Maquiladora de Exportación Personal Ocupado Enero 1990 - Diciembre 2006”, <https://www.inegi.org.mx/programas/indmaq/#tabulados>
- INEGI 2024, “Indicadores de ocupación y empleo, enero de 2024”, comunicado de prensa núm. 173/24, 29 febrero, https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2024/IOE/IOE2024_02.pdf
- INEGI 2026, Perfil de la industria automotriz en México, Aguascalientes, Instituto Nacional de Estadística y Geografía, https://www.inegi.org.mx/contenidos/productos/prod_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/nueva_estruc/702825087173.pdf
- Levin, Michael, “Michael Burawoy”, *New Left Review* 153, mayo-junio 2025, edición en línea.
- Marcuse, Herbert 1969, *An essay on liberation*, Boston, Beacon Press,
- <http://libgen.org/search.php>;
- Statista Research Department 2024, “México: personal ocupado en la industria automotriz, 2018-2024”, <https://es.statista.com/estadisticas/643234/personal-ocupado-industria-automotriz-mexico/>
- Therborn, Göran, 2008 *From Marxism to Post-Marxism?* Londres, Verso.



Comentarios en torno a la “noción” de clase obrera

Mauricio Archila Neira*

He sido invitado a comentar críticamente las respuestas a la pregunta que se formuló en una mesa redonda en el reciente congreso de Riarm, pregunta que dio origen a este *Boletín*: En la tradición socialista, la clase obrera fue central para pensar la organización, señalar los objetivos e imaginar el futuro: ¿sigue siendo la noción de clase obrera un elemento clave para pensar la transformación social y el camino al socialismo? (el destacado es mío).

La pregunta es legítima y provocadora, en el mejor sentido de la palabra, es decir provoca unas interesantes reflexiones que pretendo comentar a continuación. Me refiero a los textos de Gerardo Necochea “Si la clase obrera no se fue al paraíso, entonces ¿a dónde fue?”, Pablo Pozzi “Discutir clase social”, y José R. Pantoja “Hacia la formación de una nueva clase obrera mundial”. El cuarto artículo que se incluye en esta publicación – de Paula Godinho, “Reforma agraria y revolución en Portugal: memoria colectiva resistente y non-inscripción (sic) en la memoria pública” – no responde directamente a la cuestión central, aunque aporta a una mirada crítica sobre las memorias de los sectores subalternos desde el legado de la revolución portuguesa de mediados de los años setenta del siglo pasado, especialmente en el tema de la malograda reforma agraria. Por eso me concentraré en los tres textos que responden al cuestionario central, aunque cada uno lo hace a su manera, como era de esperarse.

* Ph. D. en Historia, Profesor Titular (pensionado) de la Universidad Nacional de Colombia; co-coordinador del Grupo de Trabajo CLACSO Izquierdas y luchas sociales en América Latina.

Antes que todo, quiero detenerme en la pregunta como tal. Salta a la vista que consta de dos partes. La primera juega como una hipótesis: en la tradición socialista la clase obrera fue central para su proyecto futuro. Sin duda. Pero ¿cuál clase obrera fue central?, ¿la idealmente construida o la que actuó históricamente?, ¿la existente objetivamente o la subjetivamente orientada a la revolución? Como veremos cada quien opta por una u otra variante.

La segunda parte de la pregunta, que es realmente el cuestionamiento como tal, se refiere, curiosamente, a si la “noción” de clase obrera sigue siendo clave para pensar la transformación –o la revolución– y el socialismo. Pero nótese que la pregunta es por el papel de la “noción” de clase, no por la clase como tal. Y nuevamente cada quien opta por responder a su manera, aunque curiosamente todos tres trataron de probar no solo que la clase obrera sigue existiendo en el capitalismo contemporáneo –no ha muerto como anunciaron algunos intelectuales desencantados despidiendo al proletariado– sino que continúa creciendo en términos globales, aunque ya no es solo el asalariado industrial pues hay amplias zonas del planeta “proletarizadas” por medio de las actividades extractivas, la extensión del sector servicios y los cambios tecnológicos, por enunciar algunos factores. Claro que es una clase que ha cambiado a lo largo de su historia –algo que es obvio para cualquier marxista, pero no sobra recordarlo– y es heterogénea internamente. Pero lo curioso del argumento de los tres, es que para responder afirman la existencia de la clase obrera, y la trampa de la pregunta estaba en que se interrogaba por el concepto y no por la realidad, además presuponiendo que solo había una única noción de clase.

Veamos a continuación la forma particular en la que cada uno asume la(s) pregunta(s). A mi juicio, Gerardo abre la discusión con el texto más breve de todos, afirmando consistentemente que la clase obrera no solo sigue viva –aduce estadísticas demográficas para demostrarlo en el caso mexicano–, sino que está creciendo, especialmente a partir de la proletarización de comunidades rurales vía el extractivismo. Pero esa clase ha

cambiado, dejando atrás la imagen idealizada del obrero industrial –de overol, cachucha y sudor en la frente–. Ella tiene unas particularidades hoy, en comparación con el pasado, que la marcan: la descentralización de las unidades productivas y la mayor distancia de los lugares de vivienda, que terminan debilitando su autonomía organizativa sindical y política. Hasta acá Gerardo sigue el argumento clásico materialista: demostrar la existencia de la clase para responder rápida e implícitamente a la segunda parte de la pregunta recurriendo a la lucha de clases, en el sentido de E. P. Thompson. En consecuencia, será ese conflicto el que mostrará la forma como se construirá una nueva cultura obrera y su articulación con la heredada. Y será la lucha de clases la que marcará la relación del proletariado con otros actores sociales exclusivamente preocupados por sus territorios, el medio ambiente y su reconocimiento. En este conflicto social la clase obrera mostrará su capacidad de unificar a los fragmentados movimientos sociales y de orientarlos en la identificación del verdadero enemigo. Pero, pregunto, ¿qué tiene que ver esa capacidad de unificación y orientación obrera con el futuro socialista? Gerardo no nos dice mucho al respecto.

A su modo, será Pablo Pozzi quien responda a esa última pregunta. Reconstruyamos su argumentación para enmarcar la respuesta. Él recuerda a grandes rasgos la historia del debate –muy argentino– entre quienes creen que la clase obrera existe y es revolucionaria –los “clasistas”–, y quienes no creen en ella –los “liquidacionistas”, a los que luego se sumarán los pos-marxistas y los posmodernos–. Aunque tiene razón en su afirmación inicial de que todo libro se encuadra en un contexto histórico, creo que hace dos procedimientos discutibles en su artículo: por un lado, a partir del caso argentino –el debate en torno al carácter de la última dictadura militar (1976-1983)– generaliza a todo el continente una polarización que no necesariamente se dio en otros países en donde no hubo dictadura formalmente, como en México o Colombia. Pero más preocupante es la forma moralizante en que asume el debate: según Pozzi, los liquidacionistas declararon la muerte del proletariado y lo quisieron reemplazar por una vaga “ciudadanía” compuesta de movimientos

populares, estudiantiles y los llamados “nuevos movimientos sociales”. Así, no solo abandonaron la militancia por cómodos puestos académicos y políticos, sino que fue una traición ¡por conveniencia política o por desidia intelectual!

Hecho ese largo y moralizante prolegómeno, Pozzi llega a su respuesta a la pregunta central. Como Gerardo, pero sin tantas cifras estadísticas, él también afirma que la clase no solo sigue existiendo sino que está creciendo. Y no solo en Argentina, sino en Estados Unidos y en Europa, y especialmente en el tercer mundo –sin cuestionar esta discutible categoría-. De este hecho material-estructural –lo que convencionalmente se entiende como la clase en sí– da el salto al deber ser revolucionario –la supuesta clase para sí-. Pero antes hace un valioso reconocimiento de que las definiciones “clasistas” eran rígidas y no permitían entender la cambiante realidad. Nos recuerda Pozzi que es necesario ver, como lo hizo E. P. Thompson, la clase como un hecho histórico. Marx no descubrió las clases, ya la economía política clásica lo había hecho; por eso el padre del marxismo parte de su existencia para postular el proceso histórico. Y ahí es cuando Pozzi responde la pregunta que Gerardo dejó en suspenso: desde la existencia material-estructural de esa clase, se deduce que ella es –esencialmente– revolucionaria, pues choca con el capitalismo porque no éste satisface sus intereses. Por eso, para nuestro historiador, el proletariado es “un agente indispensable para el socialismo”. (Bueno, es un agente “indispensable”, no necesariamente es la vanguardia.) Acá Pozzi, por fortuna, se aparta de la teoría leninista del partido como la garantía de la conciencia revolucionaria obrera.

Pepe Pantoja, a mi juicio, comienza por donde Pablo termina. Así afirma algo con lo que estoy de acuerdo: el socialismo no es la única ideología de la clase obrera. Menciona dos tradiciones diferenciadas: el leninismo y la socialdemocracia. Por supuesto que hay más, agregaría yo: no solo el anarquismo y el liberalismo pueden ser por momentos las orientaciones políticas de las clases obreras realmente existentes, sino también el fascismo y las nuevas derechas, algo que ciertamente se aleja de la “noción”

de clase marxista. De una forma u otra, según él, el proletariado perdió con el paso de los años su autonomía, aunque el leninismo lo inscribió en las luchas anticoloniales, pero allí el campesinado era el que jugaba el papel protagónico. A los procesos de asimilación de la clase obrera – institucionalización también se los podría llamar– se unió la dura represión, por ejemplo, con las dictaduras en América Latina, y luego la caída del socialismo realmente existente. Por eso, a juicio de Pantoja, algunos intelectuales declararon la muerte del proletariado y la emergencia del nuevo “sujeto revolucionario”: los jóvenes, las mujeres y el ecologismo, por ejemplo.

A renglón seguido, nuestro autor cae en el terreno común de insistir en la existencia de la clase obrera como la clave de la respuesta a la pregunta inicial, que recordemos era sobre la “noción” y no sobre la clase como tal. Señala que la reorganización capitalista actual no lleva al final del proletariado sino, por el contrario, a su incremento en nuevas áreas proletarizadas. Pero, claramente se trata de un proletariado heterogéneo, deslocalizado y descentrado. Pantoja insiste en una mirada global, pues se trata de un nuevo proletariado mundial que está en formación, creando una nueva cultura, nuevas formas organizativas, modos políticos, lenguajes de clase. ¿Cómo es este proceso, nos preguntamos? Brevemente nos da una pista: las luchas de los trabajadores migrantes latinoamericanos en Estados Unidos contra las leyes migratorias –suponemos que de Trump–. Es una buena y esperanzadora pista, pero ¿esta es una lucha por relaciones laborales o es contra la política migratoria? ¿Se trata de un movimiento obrero o es un movimiento social? En fin, parece que la “noción” de clase, algo difusa ahora, si puede aportar al futuro, pero no necesariamente del socialismo...

Aunque no participé en la mencionada mesa redonda, es hora de que haga explícita mi opinión sobre el debate de los colegas. Y lo hago no solo por haber sido invitado a hacer los comentarios de los textos anteriores sino porque me siento tocado ya que supuestamente estaría en el bando contrario a los tres, especialmente del sector “clasista” de Pozzi. Pero digo

supuestamente porque, como voy a mostrar, lejos de negar la existencia de la clase y su papel transformador –aunque no necesariamente revolucionario–, comparto con los colegas no solo su vitalidad sino su continuo crecimiento. Pero difiero en el enfrentamiento que, de una manera u otra, ellos suponen entre las clases y los movimientos sociales, como si estos fueran parte de un paradigma intelectual y político opuesto al marxismo. Claro que esto también depende de la perspectiva teórica y conceptual que se tenga –de nuevas las nociones cuentan.

Según mi entendimiento, en la sociedad capitalista el conflicto social se encarna principalmente en las clases, pero estas han sido entendidas de diversas formas según los momentos históricos que atraviesan y las comprensiones intelectuales de esas coyunturas. Comenzando por el mismo Marx, el marxismo y la teoría crítica han tenido distintas lecturas de las clases y su papel en la historia. Pero, además, las clases no dan cuenta de todas las contradicciones de la sociedad y por ello es necesario abrirse a la categoría más comprensiva de movimientos sociales, que, en mi concepción, incluye a las clases pero las desborda incorporando las dimensiones de género, etnia o raza, generación, orientación sexual, medio ambiente, etc.

Creo que el conflicto de clases, lejos de perder su importancia, sigue siendo central hoy en día a la hora de explicar las luchas por la distribución desigual de bienes y servicios o por una autoridad ilegítima. Si esto es válido a nivel global, lo es más para América Latina, donde la posibilidad de una sociedad “posmaterial” es aún muy distante. Además, la identidad de clase sigue permeando prácticamente a todos los movimientos sociales, incluso a los aparentemente más ajenos a ella. Y lo hace no solo por la transmisión de valores, tradiciones, rituales y repertorios, sino porque los movimientos sociales no son ajenos a una dimensión de clase. No es extraño que las mujeres populares sufran más las distintas formas de opresión; algo similar ocurre con los indígenas o los negros. Esto es lo que las feministas afroamericanas llamaron “interseccionalidad”: la articulación históricamente construida entre clase, género, etnia o raza,

orientación sexual, generación y un largo etcétera. Pero, también es cierto que las clases ya no son los únicos actores sociales, como de una forma u otro lo señalan los tres textos comentados.

Aunque lo anterior muestra gran cercanía a la “noción” de clase asumida por ellos, hay un punto en el que seguramente diferimos de fondo: se trata del deber ser del proletariado como el sujeto revolucionario por antonomasia. No comparto el supuesto de que la clase obrera sea por esencia el sujeto activo de la revolución. Y no lo comparto porque creo que es una perspectiva hegeliana que se introduce en el marxismo generando problemas teóricos y políticos ya que rompe con su inmanencia y le exige un “fin de la historia”. Pero además no se puede desconocer que la teoría de que la conciencia viene de fuera de la clase y, peor aún, se superpone sobre ella, dio origen a la superioridad del partido que degeneró en su dictadura y, dentro de él, en la del secretario o caudillo de turno. En síntesis, no comparto el esencialismo teleológico ni la teoría de la vanguardia revolucionaria que se derivan de la pregunta por el “sujeto revolucionario”.

Por el contrario, siguiendo al muy mentado E. P. Thompson, creo que la clase obrera surge no para llenar una esencia determinada por las estructuras del capitalismo sino como fruto del conflicto de clases en momentos históricos.¹ La clase para él, como nos recuerda Pozzi, no es una estructura ni siquiera una categoría, ¡es una relación histórica! Y, a su vez, la conciencia de clase, no surge de una determinación sino de esos contextos conflictivos, y nunca de la misma forma. Baste solo una cita para reforzar el argumento:

¹ Razón tiene E. P. Thompson (1966, p. 10) cuando, en el famoso prólogo a su obra central, critica a la ortodoxia marxista por suponer, al contrario de Marx, que la clase obrera es una “cosa” que puede ser definida casi matemáticamente. De ahí se deduce una “conciencia” que la clase debe tener si ella tiene clara su posición social y sus intereses. Esto significa mirar la clase no como es sino como debería ser. Lo anterior se complementa al criticar también a los sociólogos funcionalistas: aquí también la “conciencia de clase es una mala cosa”, porque les sirve a ellos para justificar la armoniosa coexistencia de grupos sociales jugando sus roles en favor del crecimiento económico.

La clase y la conciencia de clase son siempre las últimas, no las primeras fases del proceso real histórico. Pero, si empleamos la categoría estática de clase, o si obtenemos nuestro concepto del modelo teórico previo de una totalidad estructural no lo crearemos así: crearemos que la clase está instantáneamente presente (derivada, como en una proyección geométrica, de las relaciones de producción) ... Las clases, en este sentido, no son más que casos especiales de las formaciones históricas que surgen de la lucha de clases (Thompson 1984, pp. 37-39).

Cómo vemos, mucho de este debate tiene que ver con cómo se entienden los procesos históricos, en este caso la clase obrera contemporánea, y eso depende en parte de la comprensión que tengamos de ella, algo que no se cuestionaba en la pregunta que dio origen a este *Boletín*, pues obviamente no hay una sola “noción” de clase obrera...

BIBLIOGRAFÍA

Thompson, Edward Palmer (1984). “La sociedad inglesa del siglo XVIII: ¿lucha de clases sin clases?”, en *Tradición, revuelta y conciencia de clase*. Barcelona: Editorial Crítica.

Thompson, Edward Palmer (1966). *The Making of the English Working Class*. Nueva York: Vintage Books.



Reforma agraria y revolución en Portugal

Memoria colectiva resistente y no inscripción en la memoria pública

Paula Godinho*



* Universidade Nova de Lisboa; integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Izquierdas y luchas sociales en América Latina y de RIARM. Traducción de Rodolfo Oliveros. Fotos de Fausto Giaccone.

Portugal, 1974-75: tender el hilo de la historia contra el final de los tiempos

Tras el golpe del 25 de abril de 1974, en Portugal se inició una revolución. Después de 48 años de feroz dictadura fascista, los procesos de política popular, levantada desde abajo, en calles y plazas, englobaron una reforma agraria que abarcó el 40 % del territorio, la creación de comisiones de vecinos y trabajadores, la ocupación de casas vacías para vivienda o uso social, y la construcción de viviendas bajo el programa SAAL. Se conquistó el derecho a la huelga, a la libertad de expresión, organización y manifestación, con asambleas de discusión y toma de decisiones en escuelas, universidades, barrios y lugares de trabajo, entre una miríada de iniciativas que aspiraban a inventar la democracia. Con la apertura del campo de posibilidades, la transición portuguesa bosquejó una revolución cuyas memorias son persistentes y conflictivas.

Es en este contexto que me propongo traerles un ejercicio entre memoria y futuro, conjugando la reforma agraria y los tiempos por venir, cuando el porvenir parece desporvenirizado y entregado a los “colapsólogos”, en un inventario de lo irrecuperable. Conviene tender el hilo de la historia contra el final de los tiempos y buscar sentidos del porvenir, rescatar corrientes cálidas de esperanza en mares de aguas heladas de la realidad mundial. Quizás los días de la reforma agraria posterior al 25 de abril permitan ir más allá del cálculo de probabilidades y comprender la expansión del campo de lo posible.

La Gran Historia se ha construido más desde los centros y menos desde el “museo vivo de memorias pequeñas y olvidadas”. La reforma agraria fue presentada frecuentemente como un obstáculo al progreso, un vestigio pasadista y izquierdosista que entorpecía un proceso de modernización ya en marcha, impulsado por empresarios emprendedores y el aumento de salarios. Se relegó a un conjunto de recuerdos personales, transmitidos dentro de “cuadros sociales”, que remiten a la memoria de algunos

grupos y no de la sociedad, debido a su no inscripción mediante políticas públicas de memoria: es colectiva, pero no social. En las resonancias de este proceso, quienes lo vivieron llevan sus marcas y arrugas, en un sur rural donde se establecieron nuevas articulaciones y soldaduras, en que la ausencia de perspectivas vitales locales les quitó la capacidad de imaginar un futuro con esperanza. La implosión de esas memorias, que servían de puente entre pasado y futuro, hizo perder el sentido colectivo del tiempo y de la esperanza, en un grupo social que se dispersó y dejó de constituir una clase.

El momento de ruptura permitió a los grupos sociales subalternizados soñar con un futuro más justo y conquistar una serie de derechos. El más importante de ellos fue el reconocimiento de la capacidad de un grupo social largamente subalternizado y exotizado para organizar su trabajo y aldeas, tomar su destino en mano y decidir su vida. Ese control de la existencia constituye un campo de posibilidades, en un tiempo en que las vidas humanas se tornaron descartables e impredecibles.

Lastro de memoria y sub-inscripción

En el verano de 1975, el fotógrafo italiano Fausto Giaccone acompañó las ocupaciones de tierras en Couço, a 50 km de Avis, en el inicio del proceso de reforma agraria, el 31 de julio de 1975. Sus fotos muestran cómo transcurrió la toma de las tierras en las haciendas a las que se desplazaron.



En Couço había una larga historia de lucha y rebeldía contra el latifundio y varios formatos de régimen político, desde la monarquía hasta el Estado Novo. Dura represión, detenciones y torturas durante la larga dictadura; las mujeres y los hombres de Couço llevaban consigo la memoria de la resistencia y de las prisiones en las plazas de jornaleros en 1933, de más detenciones en los años 40, y en varios momentos de las décadas de 1950 y 1960. También traían la experiencia de un continuum de luchas entre 1958 —sobre todo vinculadas a las elecciones presidenciales— y 1962, año en que localmente, como en parte del sur rural, se involucraron en los movimientos por la jornada de ocho horas en el campo (Godinho, 2001).



Foto de Rui David Braz, 1958. Durante el fascismo, una manifestación de trabajadores y moradores.

En las fotos no sabemos lo que ha pasado antes, ni lo que vendrá después, ni lo que se oculta. Pero sí se sabe lo que fue, durante mucho tiempo, trabajar en los campos del sur de Portugal. Como señala Pacheco Pereira: *“Tanto como el precario conocimiento histórico nos permite saber, los trabajadores rurales descenden de una población rural hace mucho proletarizada y sin vínculos con la tierra: antiguos esclavos, soldados desertores, gitanos, vagabundos que cruzaban la provincia en masa, ‘criados de labranza’ y ‘sirvientes’ cuya existencia puede rastrearse hasta la Edad Media. No existe en el Alentejo, que se sepa, ninguna memoria popular de conquista de la tierra por parte de los poseedores o de campesinos que se hayan convertido en trabajadores sin tierra.”* (Pereira, 1983:234).

Hasta los años de la revolución portuguesa de 1974-75, aunque hubo luchas en el campo en momentos de crisis política, económica y social, no existía una memoria de conquista de la tierra por los desposeídos del sur rural. Al romper con ese tiempo largo, el cambio en los formatos de propiedad, explotación y administración de la tierra, así como la reorganización del territorio y las sociabilidades, dejó una huella profunda. Doce años después de las luchas de 1962 por la reducción del horario

de trabajo, y tras el vaciamiento del campo por los movimientos migratorios, tras el golpe del 25 de abril de 1974 surgieron condiciones para edificar una reforma agraria. Fue un acontecimiento que marcó una distinción entre un antes y un después, aunque limitado al 40 % del territorio continental, en la denominada ZIRA, Zona de Intervención de la Reforma Agraria. En las ciencias sociales, la producción sobre el tema es vasta, aunque la reforma agraria parezca relegada a un tiempo pasado que ya no sirve para pensar el futuro, en un momento en que los regímenes de producción de alimentos reflejan la distribución global de las desigualdades.

En la evocación actual de la reforma agraria, los marcos sociales están desgastados, en un medio que se ha desertificado y donde hoy prevalecen formas de explotación devastadoras que recurren a una mano de obra inmigrante muy precarizada. Su memoria se ha domesticado y privatizado, al haberse disuelto los grupos que podían mantenerla viva. Por otro lado, debido al carácter de clase y de tensión de esas memorias, no han contado con políticas públicas que buscaran perpetuarlas como parte de la memoria de la sociedad portuguesa. Si se busca el código postal de “Reforma Agraria”, se encuentran calles en 10 lugares (Sines, Castro Verde, Mora, Santana do Mato, Pavia, Santana do Campo, Montargil, Ponte de Sor, Aguiar, Viana do Alentejo), una plaza en Foros de Arrão, un pasaje en Setúbal, e incluso un callejón en Sines. Fuera de la ZIRA, solo hay una “Rua da Reforma Agrária” en Calvaria de Cima, Porto de Mós.

En la estatuaría pública, hasta el 25 de abril de 2025 había un único monumento, recordando un día fatídico: el 27 de septiembre de 1979, cuando elementos de la GNR dispararon contra trabajadores que se oponían a la entrega de ganado que no pertenecía a una hacienda, en Santiago do Escoural, Montemor-o-Novo, matando a dos personas: Casquinha, de 17 años, y Caravela, de 57. En el marco de la contrarreforma agraria, bajo la llamada “ley Barreto”, Ley 77/77, el proceso de devolución de las tierras que habían formado las Unidades Colectivas de Producción fue un epítome del realineamiento de fuerzas que marcó la derrota de la revolución.

El 25 de abril de 2025, cincuenta y un años después del 25 de abril, se inauguró en Couço un mural realizado por la artista plástica Mariana Duarte Santos, a partir de las fotos que monumentalizan el día 31 de julio de 1975, los días previos —de preparación— y los que siguieron, cuando los trabajadores rurales ocuparon varias haciendas de tierras subaprovechadas y se atrevieron a imaginar otro mundo, otra vida.

Fue Fausto Giaccone el autor de las fotos iniciales. Es un fotógrafo italiano que vino a Portugal, como tantos cineastas y artistas, a cubrir la revolución, y se enamoró del proceso revolucionario en Couço. En sus fotos, la revolución portuguesa se muestra con una inmensa bandera roja y mujeres con sombreros coloridos en un remolque de tractor adornado, en los días de agosto de 1975, camino de las ocupaciones de tierras, en el proceso de reforma agraria que se bosquejaba.





Fotos del mural en Couço en 25 de Abril de 2025, de Mariana Duarte Santos, a partir de fotografías de Fausto Giaccone y de *Notícias do Sorraia*.

Es en Couço, una aldea que arrastra una memoria de resistencia al fascismo y al latifundio a lo largo del siglo XX, con muchas prisiones, tortura, tremenda represión. Podría ser en muchas otras poblaciones del sur de Portugal, donde se extendió la Zona de Intervención de la Reforma Agraria.



© Fausto Giaccone. Couço. Lavoratori riuniti intorno a Joaquim Canejo
il più attivo tra i sindacalisti del territorio



Vemos a un hombre que se enamoró de la reforma agraria, en un encantamiento perpetuo: Joaquim Canejo. Aunque se diluya en una escala más amplia y en un tiempo en que la revolución fue derrotada, el fotógrafo se rinde ante esa figura fundamental de la revolución en Couço, que las fotos llenan de luz. A su alrededor, otros hombres lo escuchan con atención. Sus manos hablan, en una asamblea de gente concentrada y curiosa, mientras otros futuros se delineaban a partir de un papel que sostiene en sus manos. También aparece Maria Rosa Viseu, militante comunista y presa política durante la dictadura, con un pañuelo naranja sujetando su sombrero negro, abrazando a otra mujer con un sombrero de paja con una cinta roja. No sabemos qué se dicen, pero el fotógrafo nos transmite la complicidad del abrazo entre camaradas de trabajo y de vida, que seguramente hablarán de esos días y de los que vendrán, si nos ponemos a imaginar.

En los libros escolares, la referencia es pasajera. Como si remitiera a otro tiempo, un pasado enterrado e indeseable. Aunque la reforma agraria fue derrotada, movilizó a mucha gente y cambió tantas vidas en un espacio proporcionalmente tan grande de Portugal que merece una mirada atenta. Se ocuparon más de un millón cien mil hectáreas de tierra, se crearon más de 500 cooperativas y se aseguraron 45 mil puestos de trabajo (Baptista, 2010:215).

En el caso de la revolución portuguesa —y de la reforma agraria, su punto culminante— la “retrotopía” queda marcada por una remisión a un tiempo de locura colectiva, aunque sedujo con futuros imaginados, en un proyecto que materializaba la esperanza. La implosión de las memorias que servían de puente entre pasado y futuro hizo perder un sentido colectivo del tiempo que ampliaba horizontes de expectativa, en un grupo social que se dispersó y dejó de constituir una clase. Sin embargo, Fernando Oliveira Baptista señala que «las memorias están más silenciadas que olvidadas». Aunque no estén inscritas, la futuridad de los momentos vividos dio al tiempo una densidad que perdura, constituyendo una marca en el recorrido, en la memoria y en la historia, que mostró

la posibilidad de que los subalternizados usen modos de acción colectiva para construir otras formas de vida. Los procesos revolucionarios y quienes los protagonizaron son frecuentemente presentados por sus detractores con el estigma del desatino y lo grotesco. Se desprecia a los revolucionarios, confinados al ámbito del desvío, de lo patológico, de lo anormal, culpándolos de la inestabilidad social, con distintos niveles de anatema, que los anormalizan, patologizan y psiquiatrizan.

El programa de tres de los principales partidos del momento —Socialista, Comunista y Popular Democrático— o preconizaba la reforma agraria (en el caso de los dos primeros) o expresaba la primacía del derecho a la explotación sobre el derecho a la propiedad (Baptista, 2010:101). En diversos mítines por el país, varios dirigentes partidarios y sindicales defendían la realización de una reforma agraria con gestión de tierras por parte de los trabajadores agrícolas. A medida que el proceso avanzaba, la institucionalización de las nuevas unidades productivas requería un aparato legislativo que permitiera su legalización. El 14 de abril de 1975, el Decreto-Ley nº 203, anexo C, aprobado por el Consejo de la Revolución, publicó el programa de Reforma Agraria, legalizando la expropiación de tierras regadas de más de 50 hectáreas, y de tierras de secano de más de 500 hectáreas, de calidad media. Aunque el proceso apenas había comenzado, una orden del Consejo de Ministros del 18 de abril aseguraba que no se tolerarían más ocupaciones.

Derrota, sub-inscripción y futuro

¿Qué quedó de lo que hubo? Más de un millón cien mil hectáreas de tierras fueron ocupadas; se crearon más de 500 cooperativas; se aseguraron 45 mil empleos (Baptista, 2010:215); el establecimiento del salario rural a nivel nacional; la inclusión de los trabajadores rurales en el régimen general de seguridad social; la creación de equipamientos sociales como guarderías, escuelas, centros de salud, comedores, que antes solo existían en las ciudades; el fin del trabajo infantil agrícola la creación de planes de

desarrollo agrícola y mejora del suelo, obras de riego, carreteras, nuevas tecnologías y cultivos; la recuperación de áreas abandonadas.

Esta es, sin embargo, una memoria colectiva limitada, y también una memoria débil, poco inscrita en la memoria pública. Aunque empujada a un tiempo de locura colectiva, fue sobre todo un período seductor de futuros imaginados, en un proyecto que materializó la esperanza. Los ecos persistentes de la revolución portuguesa en la memoria colectiva lograron una inscripción pública limitada. Salvo en algunos municipios del sur, la reforma agraria no contó con políticas públicas que quisieran perpetuarla como parte de la memoria de la sociedad, sobre todo por su carácter de clase y de conflicto. Tiene alguna visibilidad grupal, pero no logró integrarse plenamente en la memoria social. Al cuestionar un régimen de propiedad latifundista, con otros modos de organización de la producción, fue exorcizada de la memoria pública, incluso en fechas redondas propicias para conmemoraciones. Sin embargo, el momento de ruptura iniciado con el 25 de abril de 1974 permitió soñar con un futuro más justo y conquistar un conjunto de derechos. Sabemos que el presente es un tiempo cargado de temporalidades, en el que coexisten pasado y futuro, y que el porvenir está en disputa, no tiene un único camino. Como escribió Manuel António Pina, con la sabiduría visionaria de los poetas:

*Todo lo que terminó
aún no ha comenzado.*

BIBLIOGRAFÍA

- Baptista, Fernando Oliveira. 2010. *Alentejo. A questão da terra*, Castro Verde: 100Luz
- frias da realidade e correntes quentes da esperança*, Lisboa: Tigre de Papel.
- Godinho, Paula. 2025. *O impossível demora mais – Antropologias para o futuro correntes*
2017. *O futuro é para sempre – Experiência, expectativa e práticas possíveis*, Lisboa/

Santiago de Compostela: Letra Livre/Através Editora.

2001. *Memórias da resistência rural no Sul – Couço (1958-1962)*, Oeiras, Celta.

Pacheco Pereira, José. 1983. *Conflitos sociais nos campos do sul de Portugal*, Mem Martins: Publicações Europa-América.





Boletín del Grupo de Trabajo
Izquierdas y luchas sociales en América Latina

Número 13 · Septiembre 2025